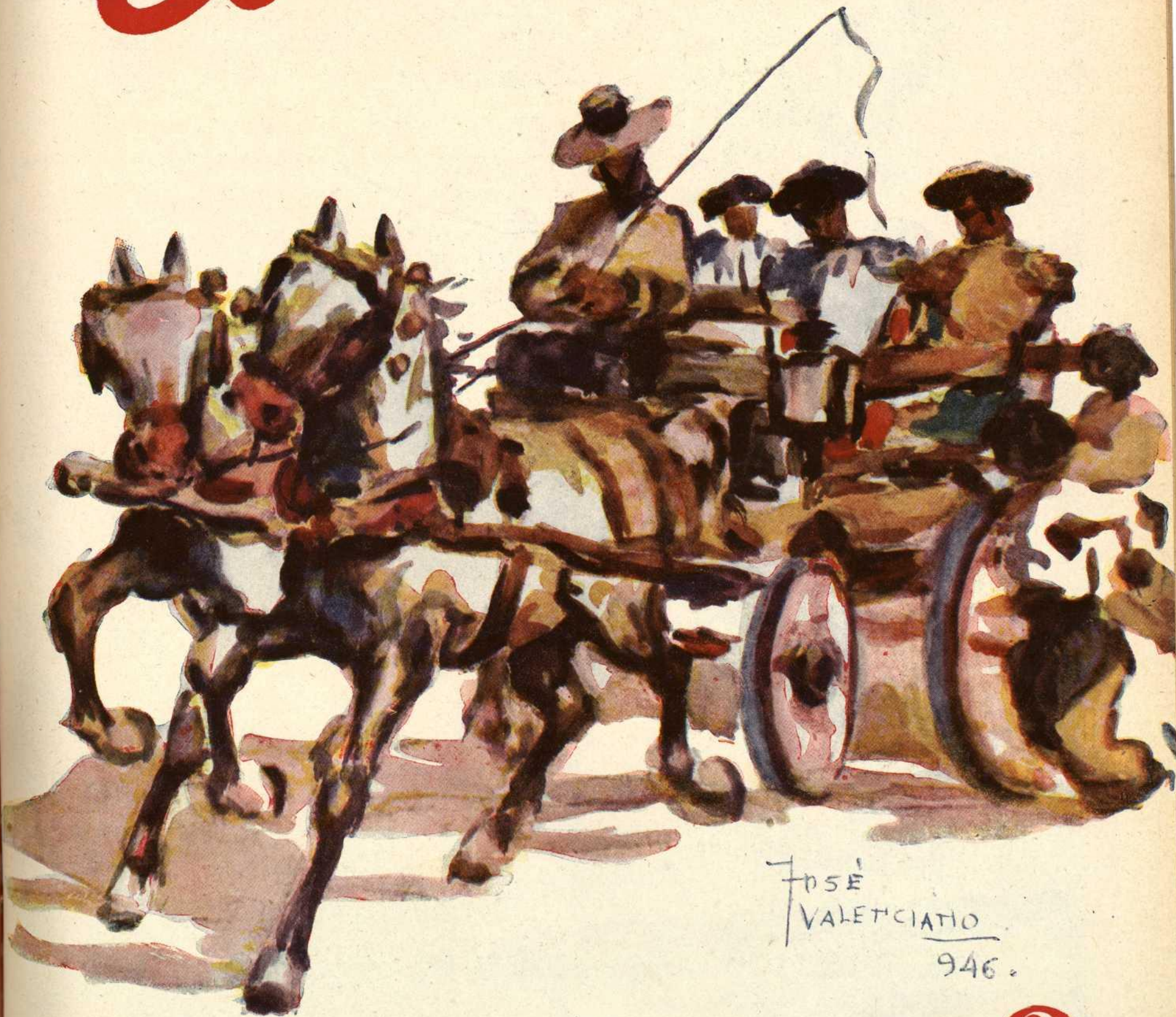


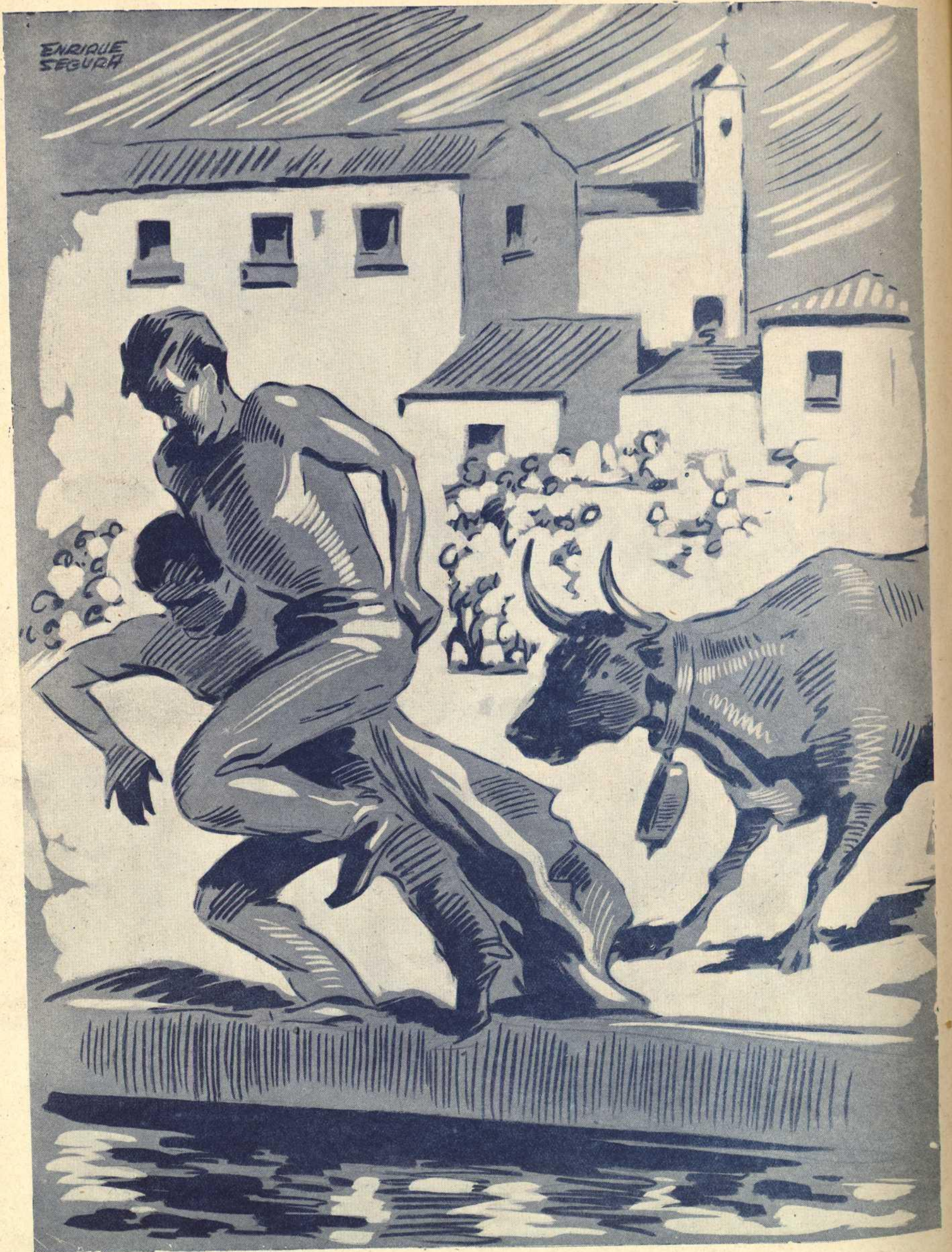
El Ruedo



JOSÉ
VALENCIANO
946.

2
Ptas.

ENRIQUE
SEGURA



Capea al borde de un río
(Dibujo de Enrique Segura)



El Ruedo

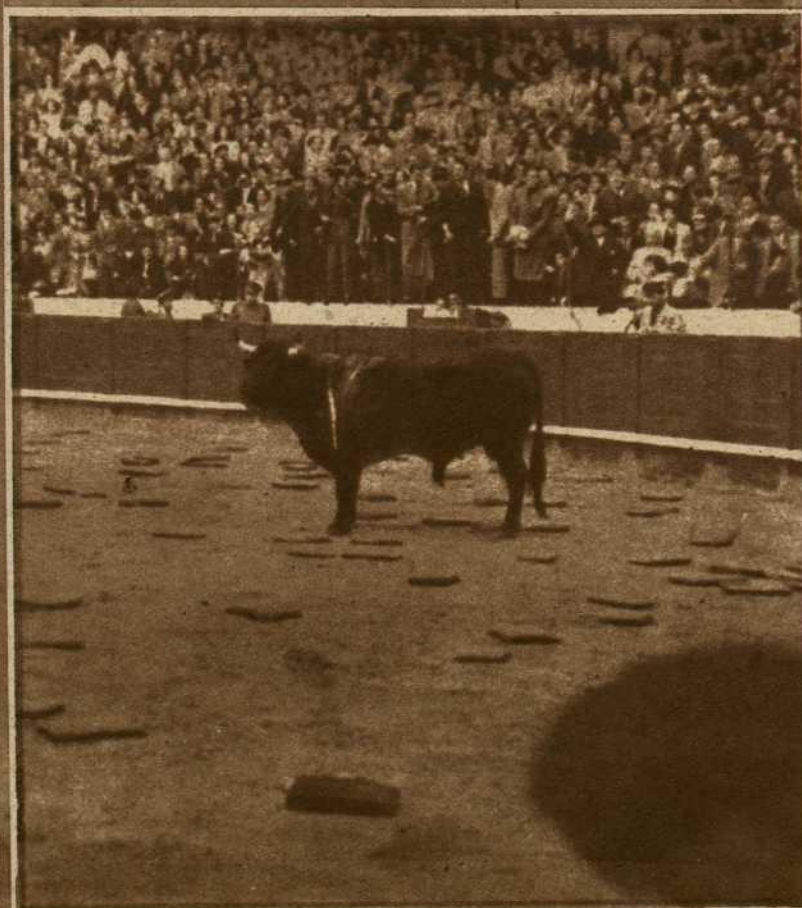
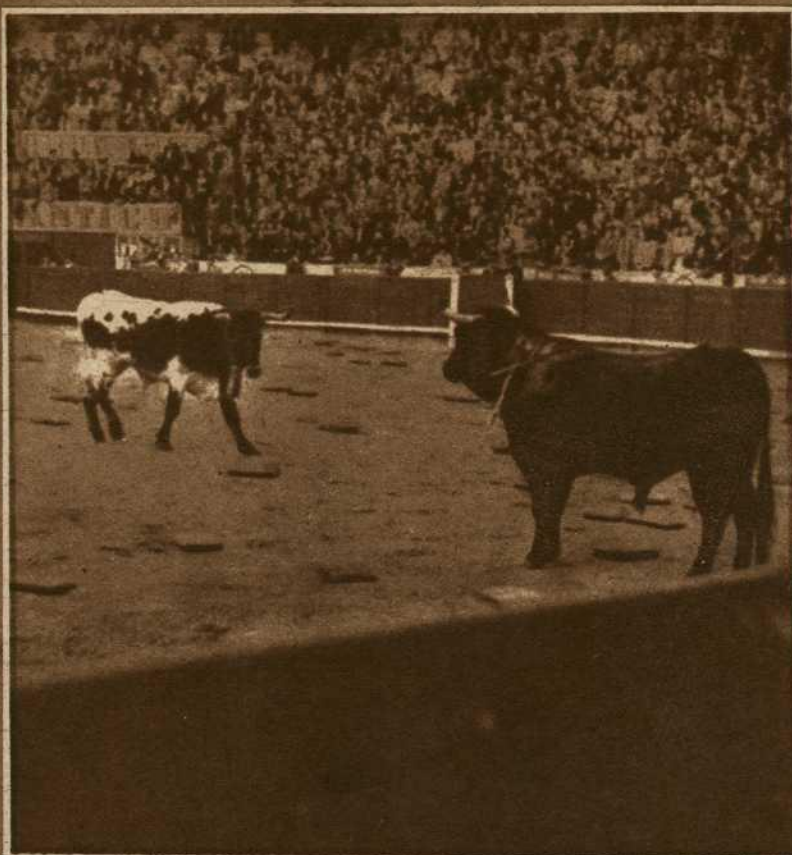
Suplemento taurino de MARCA
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III -- Madrid, 11 de abril de 1946 -- Núm. 94



EL DOMINGO, EN BARCELONA

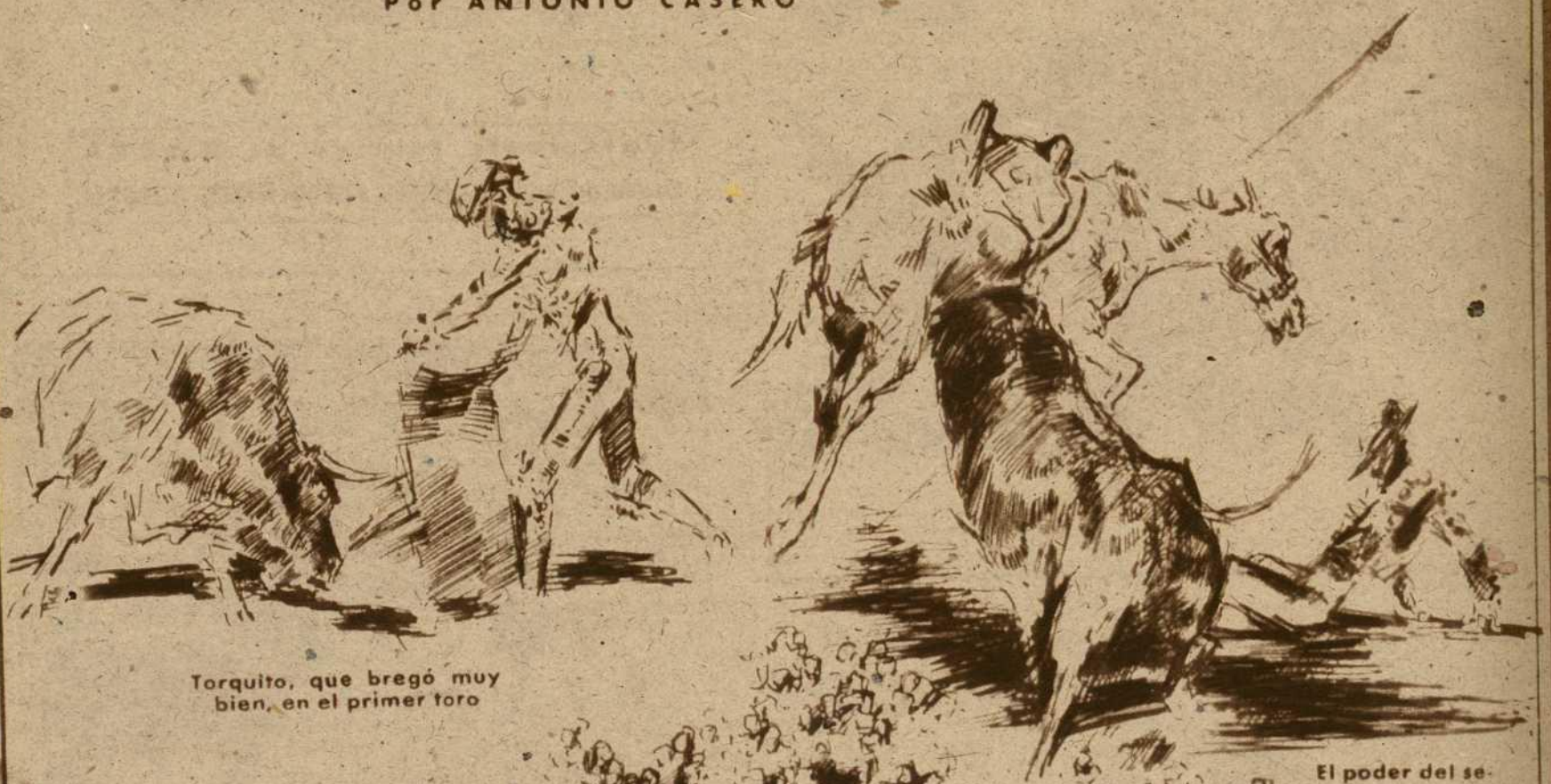
Momento de entregar los trastos Ortega al nuevo matador Toscano. — A la derecha: Dos aspectos del escándalo que se produjo durante la lidia del quinto toro, que fué retirado del ruedo después de haberse consumado la suerte de matar (Fotos Vallis)



EL LAPIZ EN LOS TOROS

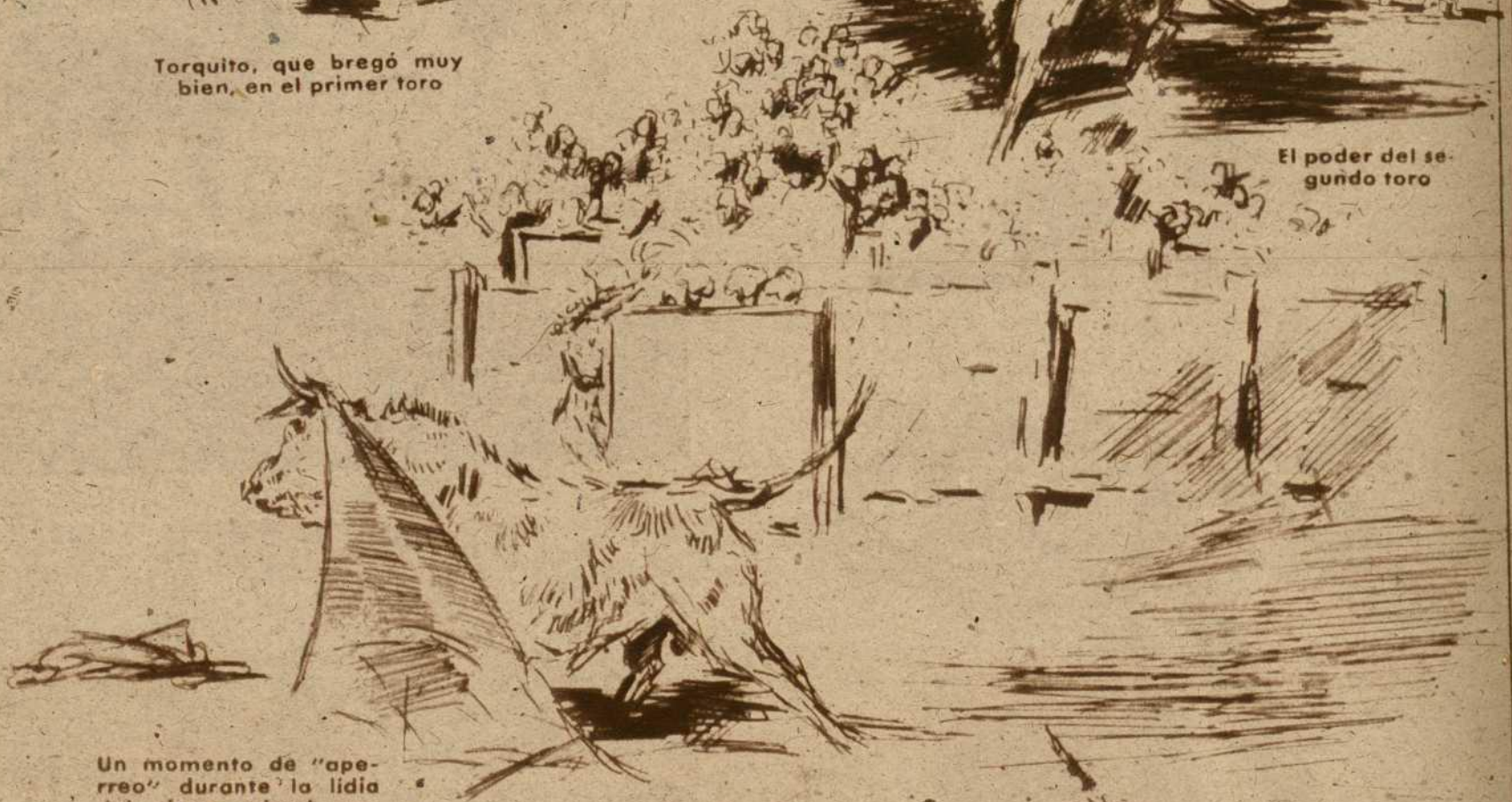
DE LA CORRIDA DEL DOMINGO EN MADRID

Por ANTONIO CASERO



Torquito, que bregó muy bien, en el primer toro

El poder del segundo toro



Un momento de "apereero" durante la lidia del mismo animal... y...

... otro gesto "torero" ocurrido también en el segundo toro



ANTONIO CASERO

EUGENIO Fernández, Angelete, llegó a Madrid el viernes día 5, de regreso de América. Angelete tardó en hacer su presentación en El Toreo; pero consiguió el trofeo que los periodistas mejicanos concedían en la corrida a beneficio de su Asociación. En los Estados hizo Angelete una buena campaña, y es de esperar que sea el extremeño uno de los matadores españoles que vuelvan a Méjico.

Curro Rodríguez continúa en el Sanatorio de Toreros. Tiene algunas molestias, pero su estado general es satisfactorio, y se cree que tardará poco en curar.

DÍA 7

Se suspendió, por el mal estado del piso a causa de las últimas lluvias, la anunciada corrida de Alcalá de Henares, que se celebrará hoy, día 11.

— En Barcelona se lidió la única corrida de toros del día. Se corrieron toros de Atanasio Fernández, mansos y difíciles. El quinto, que cogió a Luis Miguel Dominguín, tuvo que ser retirado al corral, sin que Ortega pudiera rematarlo. El toro había saltado ocho veces al callejón. Luis Miguel lo muleteó bien, y, al dar el segundo pinchazo, fué cogido. Trasladado a la enfermería, fué asistido de una herida incisocortante en el escroto, con hernia en el testículo, de pronóstico menos grave. Cuando era llevado a la enfermería, Luis Miguel, que había sido ovacionado en el segundo, fué despedido con muchos aplausos. El público, que había protestado ruidosamente por entender que el toro, a más de manso, era burriciego, impresionado por la cogida de Dominguín, protestó con más fuerza, arrojó almohadillas al ruedo e hizo imposible que Ortega rematara al bicho, que volvió a los corrales. El sexto toro fué sustituido por otro de Garrido, res que también fué mansa. Ortega cumplió, y Toscano, que tomaba la alternativa, fué aplaudido.

— En Madrid hubo novillada. Tres novillos de Aleas y tres de Antillón. To-

Por España y América

Mejora el novillero gaditano Curro Rodríguez.—Octavio Isiegas, Alvaro Moya, Niño de Caravaca, Carlos Núñez, Paquito Onrubia y Bombita Chico cortaron orejas.—Presentación de Manolete en Bogotá.—Rivera, Procuna y Estrada triunfaron en Méjico

tal: seis mansos. Andalúz Chico, cumplió. El mejicano Francisco Rodríguez estuvo desacertado, y el sevillano Joselito Montero demostró sus conocimientos. Poca cosa. Actuó como peón el bilbaino Luis Díez, que estuvo bien.

— Se inauguró la temporada en Cartagena con cuatro novillos del conde de la Maza, para Pépilo de Valencia, que estuvo bien, y Pepiso, que no pasó de regular.

— En Zaragoza se lidiaron cuatro novillos de Zaballos y dos de Villa. Cambil Chico fué ovacionado. Morenito de Zaragoza, mal. Octavio Isiegas, bien en su primero; cortó la oreja del sexto.

— En Cieza se lidiaron cuatro novillos, bravos y bien presentados, de la Viuda de Emilio Vilches. El primer matador, Alvaro Moya, cortó orejas. Antonio Torrecilla fué muy aplaudido.

— Niño de Caravaca, Carlos Núñez y Paquito Onrubia estoquearon en Valencia novillos de José Cruz. Los dos primeros cortaron una oreja cada uno, y el último, las de sus dos novillos.

— Bombita Chico tuvo que matar cuatro novillos en Lorca por cogida leve de su compañero de cartel, Blanquito Chico. Cortó las orejas del primero y las orejas y el rabo del último. Fué sacado en hombros.

— En Algés, Plaza cercana a Lisboa, se lidiaron toros de Palha. Los rejoneadores Alberto Luis Lopes y Murteira Correia estuvieron bien. El mejicano Luis Briones y el español Choni fueron muy aplaudidos.

— Se presentó en Bogotá, Manolete, alter-

nando en la lidia de seis toros de Mondoñedo con Jesús Solórzano y Montani. Al segundo toro, que era bravo, le hizo una faena a base de ayudados por alto, naturales, manoletas y molinetes, que fué presenciada en pie por el público. Cortó las orejas y el rabo. La muerte del quinto la brindó al presidente Lleras. Cortó las dos orejas del de Mondoñedo. Solórzano y Montani, discretos.

— En Guadalajara de Méjico, Rivera y Procuna lidiaron toros de La Punta. Rivera cortó las orejas de uno, y Procuna, las orejas y rabo de otro.

Estrada alternó en una corrida, de cuya fecha de celebración no tenemos noticia, con Luis Procuna. Los dos cortaron orejas.

El lunes, día 8, llegó a Madrid, acompañado del Choni, con quien había alternado en Algés, el mejicano Luis Briones.

Antonio Velázquez, herido en la corrida celebrada en Méjico el pasado día 31, continúa grave.

Ha sido precisa la aplicación de penicilina.

Como se ve, en la pasada semana se dió en España una sola corrida de toros: la de Barcelona. Hubo una novillada con picadores en Madrid; dos sin picadores, con seis novillos, en Zaragoza y Valencia, y tres, también sin picadores, de cuatro novillos, en Cartagena, Cieza y Lorca.

De todo esto se deduce que si hay un ruedo con verdadera categoría éste es el de Barcelona. Balafía te dé Dios, que la afición de nada vale.

B. B.

Curro Rodríguez

Angelete

Montani

Rivera



PREGON DE TOROS

DE TOROS
por JUAN LEON



LA desconcertante temporada de este año amenaza gravemente los intereses de todos, pero excepcionalmente los de los empresarios. Aparte de lamentables noticias recibidas sobre el resultado económico de casi todos los festejos celebrados hasta ahora en provin-

cias, tenemos aquí, bien a la vista, lo ocurrido en la Plaza de las Ventas.

Van tres novilladas, en las que no solamente sobró papel en la primera, sino que sobró más en la segunda y aun más en la tercera. Y ya veremos a ver lo que pasa en la cuarta.

Las lamentaciones son tan lógicas como dramáticas.

A este paso, las boyantes Empresas de los últimos años podrán hundirse éste en la miseria si los públicos siguen retraídos, no ante la falta de atracción de los carteles, sino ante el precio de las localidades, evidentemente desproporcionado con la categoría de los festejos.

Ya sé que los señores empresarios taurinos, y concretamente el señor Alonso Orduña, gerente de la Plaza de las Ventas, podrían demostrarme que, dado lo que tienen que pagar por toros, diestros e impuestos, sin entrar en otros gastos, les obliga a poner a los boletos los precios que determinan el retraimiento del público; pero eso no los justifica.

Ellos —los empresarios— son pocos, y podrían llegar a un acuerdo en su propio bien, en el del público y, sobre todo, en el de la fiesta.

Unos cuantos días festivos sin espectáculos taurinos de ninguna especie en todas las Plazas de España se,ían suficientes para hacer entrar en razón hasta a los más ambiciosos, cuando éstos vieran que no había procedimiento de vestirse de luces o de colocar novillos por toros o becerros por novillos en parte alguna.

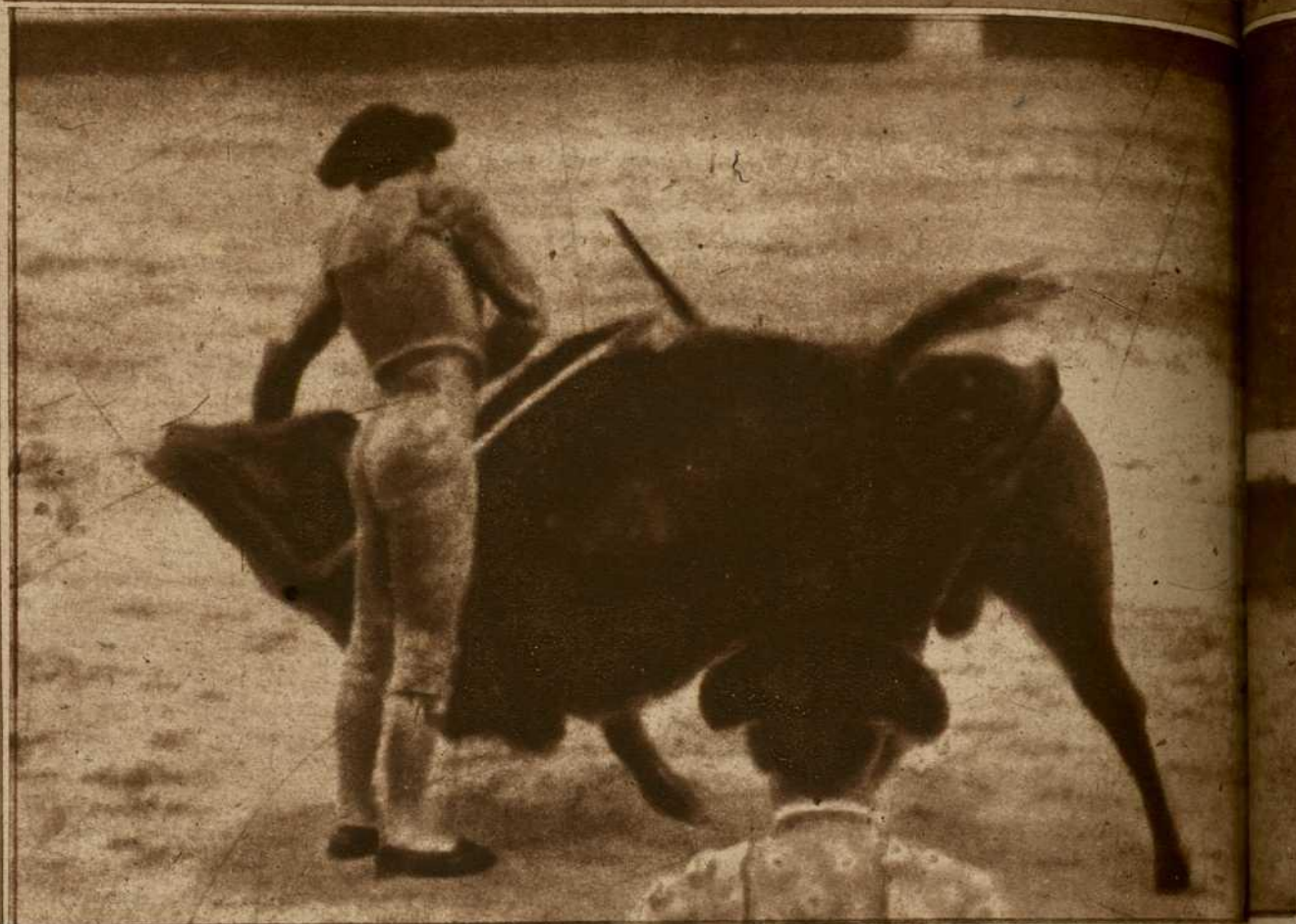
¿Por qué entonces no se produce esta especie de *plante* que propugno? No lo sé; pero me parece mucho más fácil aún que el que han planteado los públicos. Se reduce a una simple contestación: «Es imposible.» La excepción a que dan lugar uno, dos o a lo sumo tres diestros no puede de ninguna manera hacer regla. No se hace millonario en dos años quien quiere, sino quien puede.

Viene todo esto a cuento de que aquí, en Madrid, pretendida Meca del toreo, no se vislumbran carteles con alicientes, y cuando se piensa en ellos, es con miedo, pues si a las pobrísimas novilladas que hemos padecido se le pusieron precios que retrajeron al público, excuso decir los que se pondrán cuando se anuncie un cartel discreto.

Barcelona anuncia dos espectáculos fabulosos —de doce toros cada uno, como en los tiempos heroicos— en homenaje al rejoneador don Alvaro Domecq. Valencia, Sevilla, Málaga y muchas Plazas más ofrecen también interesantes combinaciones para las mismas fechas de la Pascua de Resurrección; pero la Meca no ha dicho ni *pío*. Y no lo ha dicho por las apuntadas razones económicas, que son las que de verdad van a dar un golpe irreparable a la fiesta.



LA NOVILLADA DEL DOMINGO EN LAS VENTAS



Andaluz durante la faena de su segundo toro, al que salió a torear con la montera puesta



Joselito Montero y su apoderado, Corcito

NI de balde los veas. Así, por lo menos, ha corrido con plena vigencia el dicho taurino, que, a la vista de lo que ocurrió el domingo,

tiene cuerda para algunas temporadas más, bien que ahora se pueda incluir también en el grupo de ganado visible ni de balde al del conde de Antillón, juzgar asimismo por lo visto. Del aforo total de la Plaza, unas tres cuartas partes debieron obrar de acuerdo con tan acreditado precepto y decidieron no asistir. La cuarta parte presente —que a ello equivaldría la entrada registrada— salió convertida en un grupo compacto de seis mil propagandistas de la máxima. Y eso fue la novillada del domingo.

Eso, naturalmente, adicionado con una labor triste y desilusionada de todos los toreros, que dicho sea de paso, estuvieron mal. Pero cuando se tiene en cuenta la nula ayuda y la constante contradicción de posibilidades y deseos de un ganado, me siento poco inclinado a culpar a nadie de la ausencia total de lucimiento y del aburrimiento general. Pero si querría advertir en las personas de Andaluz Chico, Francisco Rodríguez y Joselito Montero a toda la novillería andante, en que hay un mérito relativo ante tal clase de enemigos, que es el de estar breve, valiente y enterado. El mejicano Rodríguez sólo alcanzó la primera nota, fallando en las otras. Andaluz dió la

LA SEMANA EN LA LOS DEAL



Andaluz

ANDALUZ II, JOSELITO MONTERO Y FRANCISCO RODRIGUEZ



Joselito Montero en un pase de rodillas junto al estribo, con el que empezó la faena

EN LAS VENTAS

DE LEAS

de cal y la de arena en ese módulo, y Montero no estuvo breve con el estoque, que es su grave flaco. Además, las cuadrillas añadieron tal aspecto de barullo y orden como para empeorar, si cabe, los tris-cimientos del festejo.

El comentario de lo ocurrido en la semana anterior del ruedo de las Ventas no alcanza una paja más. La crítica de la gestión de la Empresa en tal festejo se llevaría algunas. Sigue siendo el único afán visible de llenar fechas y machacar novilleros ante un ganado gordo y sin garantía. Es decir, vuelve a las inveteradas andadas. Pero, ¡ajo!, que este año —veán— los tendidos, la marcha de la temporada en sus comienzos y el «mal estado» de los ruedos— parece que las vacas van a ser flacas. Y basta hoy de este aspecto, que estamos de comienzando y no es cosa de apretar demasiado.

¿Festival el domingo que viene? Esos son los rumores, que, de confirmarse, permitirían a la Empresa apuntarse otra fecha y seguir «viéndolas venir». Un estironcito, y al oasis de las benéficas. Por lo que al mentado festival en proyecto se refiere, su fin benéfico y la presencia de Rafael el Gallo y Juan Belmonte a la cabeza de esa simpática «vejez» del toreo son notas positivas y llenas de atracción.

EL CACHETERO



Francisco Rodríguez toreando de capa (Fotos Baldomero)

Banderillas de fuego

Por ALFREDO MARQUERIE

La gente entra en la Plaza como se admite un mal menor: lamentando la suspensión de la corrida de Alcalá. Piensa uno que la escasez de público habría aumentado en límites impresionantes si se llega a celebrar «la otra corrida». Aunque también hay espectadores presumidos que «se aprovechan» y dicen «Me he quedado con el billete de Alcalá en el bolsillo», cuando todos sabemos que eso es falso y que lo dicta solamente el afán impune de «darse importancia».



Sin calor no hay alegría posible. La emoción taurófila está asociada a las glándulas sudoríparas. Y, además, el viento, que pinta oleajes de bulto en la tela de la bandera, deshace la labor de los areneros y les birla burlescamente puñados de tierra antes de que los arrojen sobre el piso de la Plaza.

Hombres tristes, con aire de sepultureros, se llevan las lonas de los anuncios en unas angarillas. Y un espectador explica a sus hijos: «Eso es el entierro de las letras».

El ro es el tendido cinematográfico, lleno siempre de «astros» y de «estrellas» del séptimo arte, de gafas negras, de directores con impermeables norteamericanos, de peinados «de firma».

Andaluz pasó la tarde de un modo pedestre y pedestrista, corriendo tras los novillos. Y también bailando. «Ha visto a Lola Flores, que está en un tendido, y se ha contagiado», comentaban los chungones.

El primer novillo tuvo una agonía de borracho, como si en lugar de largarle un sablazo le hubieran atizado una botella entera de aguardiente.

El mejicano Rodríguez dejó que sus novillos se hicieran los años del ruedo. Un hombre tan grandullón no puede dar «espantadas»; eso se quedará para los gitánillos chicos y nerviosos.



La faena de Montero con un bicho lisiado resultaba de pantomima. Para creer en ella teníamos que haberle visto hacer lo mismo con un astado de verdad... Total: que seguimos bostezando.



TOREROS DE ANTAÑO

JOAQUIN COYTO, CHARPA



NOTABLE varilarguero fué Charpa, y por ello merece que, los que escribimos sobre temas taurinos, no le dejásemos sepultado en el olvido. De todos los picadores del siglo XIX, fué uno de los más señalados, no sólo porque era un gran jinete —sin cuya condición la suerte de varas resulta grotesca—, sino también por su valor y decisión al enfrentarse con las reses cornudas.

Nació en Sevilla, pero respecto a la fecha de su nacimiento no he logrado encontrar noticia alguna. Los mejores biógrafos, Cossío, Sánchez Neira, Bedoya y Velázquez y Sánchez, no lo consignan, y algunos ni siquiera citan su nombre. Los dos primeros, que son los únicos que le recuerdan, nos dicen, como comienzo de su actuación, que empezó a picar en la Plaza de Sevilla el 26 de septiembre de 1841. De esa data arranca lo que sabemos de él; pero antes ignoramos cómo se iniciara en la profesión, ni cuáles fueron sus primeros maestros.

Al año siguiente toreó en Madrid el 26 de abril, en compañía de su hermano político José Trigo, famoso picador, constituyendo una pareja de inteligencia y pujanza incomparables. Eran los tiempos en que los toreros de a caballo, aparte de su bizarra valentía, brillaban como verdaderos maestros de equitación, dominando con su pericia a las cabalgaduras más viejas, resabiadas y defectuosas. Además picaban a las reses teniendo en cuenta sus condiciones, para que el castigo las preparara a llegar adecuadamente a las manos del espada. En una palabra: fueron todos aquellos bríos varilargueros los que mantuvieron el arte de picar en toda su pureza y que no hemos vuelto a ver hace más de treinta años. Y no hay que olvidar que la faena del picador es, para disponer a los toros a la muerte, tan importante o acaso más que la de la capa y la muleta.

Charpa trabajó mucho tiempo a las órdenes de Cúchares y de su yerno el Tato. Este le estimaba tanto que, después de quedar inutilizado como consecuencia de la cogida que sufrió el año 1869, que dió lugar a que en pleno triunfo tuvieran que emputarle una pierna, siempre que hablaba de él le prodigaba los mayores elogios. Y la esposa de Tato, Salud Arjona, bellísima hija de Cúchares, que llegó a la ancianidad —falleció en 7 de enero de 1920—, siempre que recordaba al tío Charpa, como ella le nombraba, hacía de él las más grandes alabanzas.

Sánchez Neira no le trata bien en los breves renglones que le dedica en su Diccionario, y me extraña mucho su juicio, porque él le vio torear y sus apreciaciones discrepan de las que yo escuchaba en mi lejana juventud a viejos aficionados sevillanos amigos míos, a los que oí grandes encomios de Charpa. El referido escritor dice que fué en sus comienzos un gran varilarguero, pero que al final decayó extraordinariamente, hasta el extremo de que dice: «¡Lástima es, y grande, que un hombre del valor, pujanza, conocimientos, arte y condiciones especiales como jinete que tenía Charpa, se perdiese para el toreo sin dejar muchos imitadores!» Añade que se retiró hacia el año mil ochocientos cincuenta y tantos; pero Cossío, tan bien informado siempre, dice que fué en 1868, pues en sus escurridizas investigaciones ha visto carteles que le anunciaban en 1867.

En la imposibilidad de ofrecer más detalles

sobre la vida privada y profesional del que fué tan popular y apiaudido torero, copiaré la que publicó hace años en "Sol y Sombra" Manuel Gaona Puerto, que únicamente ha reproducido José María Cossío en su monumental obra "Los toros".

Dice así: "El famoso picador Joaquín Coyto, Charpa, era de los que más se distinguieron en el primer tercio de la lidia de la precitada época (se refiere a la de Montes, Redondo y Cúchares), y su nombre en cualquier cartel era un poderoso elemento para que la afluencia de concurrentes al circo taurino fuera más numerosa, pues tenía Charpa en todos los puntos de España gran círculo de amigos y admiradores que ansiaban el momento de verle trabajar, para admirar su gallardía, su brazo (de hierro decía él que era), su excelente manera de manejar el caballo, el modo de entrar y salir de la suerte, que era admirable, y la extraordinaria pujanza que demostraba cuando tocábale un toro de esos que no se ven hoy, que tenía seis añitos cumplidos, tentados con esmero grande, con buenas defensas, de romana inmensa y que recargaban con un ímpetu que atemorizaba a los espectadores. Charpa sabía cumplir con su deber como el primero; no era envidioso, ponía sus puyas en lo alto, no le resultaban las carreritas costando la barrera; siempre que podía evitaba esto, porque entendía, y lo dijo muchas veces, que esa costumbre de correr el caballo para buscar al cornúpeto era impropio de la suerte de varas verdad. No sé cómo se las componía, pues es el caso que siempre que citaba al toro éste acudía, y muy pocas veces le vieron arrojar el castoreño a los ojos del bicho para que entrase en el terreno marcado para ejecutar su cometido. Tan grande como el arte que tenía era el amor propio que le dominaba. Eso sí, le molestaban las comparaciones, pero mostraba indecible afán por que todo el mundo apreciase su trabajo. No había cosa que más le molestase que, cuando hacía alguna faena excelente, no escuchaban sus oídos la recompensa que creía merecer. Este defectillo fué para él el más poderoso estímulo, pues contribuyó infinito a que se perfeccionase diariamente en la tan difícil como arriesgada suerte, que llegó a practicar con el beneplácito de todos los inteligentes aficionados. Sirviéndole de base el amor propio de picador, dióle una broma el espada Manuel Trigo, que era uno de los primeros que reconocían en el picador sevillano las cualidades excelentes que tanto se elogiaban. Era la mañana del 11 de noviembre de 1848, en cuyo día se iba a celebrar en la populosa ciudad de Sevilla una gran corrida de toros, y se encontraban en el patio de caballos de la Plaza sevillana los espadas Montes, Redondo, Cúchares y Trigo comentando de manera favorable el ganado que había encarnado para ser lidiado por la tarde. Pertenecían los bichos a la vacada de Hidalgo Barquero, quien envió ese día una corrida tan magnífica que dudo habrá habido otra igual, tanto por la presentación como por su gordura y defensas. Eran, a juicio de los mencionados matadores, aquellas reses, "de lo mejor de lo más mejor". Encontrábanse en esta conversación los referidos maestros, cuando presentóse el picador Joaquín Coyto, Charpa, que terminaba de hacer en el redondel la inspección de *jamelgos*. Manuel Trigo (que aquella tarde actuaba de sobresaliente de espada), conociendo ya el modo de pensar de Coyto, le dijo, sólo en son de broma y únicamente para irritarle un poco: "Charpa, te veo triste; ¿qué es eso? ¿Te han inspirado algún recelo los *nenes* que están en el toril?" "Oye tú, Triguito, me parece que tú no me conoces, o mejor dicho, que nunca me has visto trabajar; cualquiera que te escuché..." le respondió algo amostado. Montes y los demás que formaban parte de aquella tertulia se miraron unos a otros como compenetrados de la broma de Trigo, y callaron porque comprendieron que Charpa tenía buenos sentimientos y no provocaría cuestión alguna desagradable. José Redondo le interrumpió diciéndole: "No te enfades, Joaquín, es una guasa de *Manuel*". "Redondo, calle usted la boca —replicó Trigo—; en este mundo no se puede decir de esta agua no beberé, porque el que más y el que menos...". "¿Lo dices por mí?", respondió Charpa con desenfado. "¡Es claro!, ¡vaya! Es que el "maestro" —señalando a Montes— te ha *dao* la mañana, y en vez de ocho te has bebido, sin pensar, la botella, y... Es que hay *encerrao* un *ganao* *sáper*, y sobre *too*, ustedes lo han visto, un torazo que se va a lidiar en último lugar

y que me tocará matarlo, si es que uno de los anteriores no me manda al hospital o al cementerio. Es cárdeno, bastante oscuro, *bragao*, gordo, de patas finas y de unos cuernecitos que, ¡yay!, ¡yay!, ni alfileres". "Te apuesto cuatrocientos reales a que ese animal que, según tú, se trae tanto tronío de la vaca, lo he de picar de tal modo, que tú pierdas ese dinero, te arrapientas de lo que me has *mortificado* y demuestre yo al mismo tiempo que no tengo miedo a las *catedrales* con cuernos, pues para ello tengo este brazo derecho que Dios me ha *dao*, y mostraba su brazo fornido en actitud de colocar una vara. Acceptó Trigo la apuesta con la seguridad de que iba a ser él el perjudicado, pues conocía el valor taurómico de Charpa, que iba a ver aumentado esta tarde por haberle herido en su amor propio. A su debido tiempo tocó el turno al toro cárdeno que había sido indicado. Era un buen mozo, bravo como él solo; salió del chiquero en actitud de desafiar a todos. Se arrancaba a los caballos desde lejos, con poder grandísimo; tomaba las varas con codicia y no se dobla al hierro en absoluto. Cuando arremetía y era castigado, con las patas traseras hacía profundos surcos en el redondel, lo que demostraba la fuerza que reunía. Acudió bien a la suerte; no volvió la cabeza ni una sola vez, sino que conservó toda su nobleza y bravura hasta el fin. Recibió seis varas de Sánchez, nueve de Triquiñuelas y catorce de Charpa. Este estuvo inmejorable, arrancando palmas a granel, y demostró un valor, una maestría a caballo y un arte y poder, que fué la comidilla de algún tiempo en Sevilla. Logró salvar el caballo que montaba hasta la vara última, que a no ser porque el toro derrotó en alto se hizo que Charpa perdiese la brida, lo hubiera llevado sin señal de sangre a la cuadrera. Charpa no quiso tomar los cuatrocientos reales que Trigo había perdido. Lo aceptó a fuerza de instancias y lo repartió entre el personal subalterno de la Plaza sevillana, acabamos reuniendo nosotros."

Mientras he estado copiando tan interesante relato, volaba mi fantasía a aquellos felices tiempos. Toros del canónigo don Diego Hidalgo Barquero, uno de los cuales tomó veintinueve varas; Montes, Redondo y Cúchares para despacharlos, y picadores como Charpa, que consisten trece embestidas sin perder el caballo; ¿no es para envidiar a los felices aficionados que tuvieron la fortuna de disfrutar tan soberanos espectáculos? Por eso cada día estoy convencido con más firmeza —respetando el criterio ajeno— que las corridas de toros, desde hace muchos años, vienen perdiendo su verdadero carácter, hasta que paulatinamente han llegado a la transformación que ahora contemplamos los que conocimos la última época de la edad de oro de la fiesta, que llamaba mi inolvidable amigo el conde de las Navas la más nacional de todas las fiestas.

Sé que a muchos les parecerá errónea mi opinión; pero como la profesó —por creencia muy acertada— con ella me quedo, respetando siempre la contraria.

NATALIO RIVAS

(De la Real Academia de la Historia.)

LOS PRECIOS DE LA FIESTA

CUANDO SE CARECE, SE ENCARECE

Los honorarios de los toreros, las competencias inexistentes y la inexorable ley de la oferta y la demanda



En cierto modo, ¿no es para dar pena que estamos pendientes de si un torero regresa de América; de si, al regresar, querrá torear en los ruedos españoles; de si tiene ya tanto dinero, y ello le puede inducir a dejar los

toros? Será, si se quiere, un signo de la magnitud de la figura, pero, ¿no es también un triste índice de soledad? Se habla del encarecimiento de la fiesta. Es cierto que las corridas se han puesto imposibles. Pero hay que tener en cuenta que estamos en las redes de la famosa ley de la oferta y la demanda. Y que ésta ley lo rige todo. Ya pueden volverse locos los economistas, inventarse nuevas formas, lo que quieran. No hay más que eso: el que quiere, exige. El que quiere, paga lo que le piden. Habría sido un romántico el torero al que tanto se discute, y le hubieran ido encareciendo la tarifa los demás. Porque hay dos clases de competencia en el terreno económico del toreo: la de los lidiadores, que, según su categoría, piden y perciben, y que si están en la misma altura pueden luchar, competir y ser reguladores de la remuneración, y la de las Empresas que se disputan a los diestros y, en la colisión de fechas, buscan la prioridad, como siempre, con prima. De prima, primacia, ¿está claro? Ya se habla de fabulosas exclusivas, de contratos globales y de precios astronómicos. Y como ni el matador, que hoy es piedra angular, es un romántico, ni el que ha venido a ejercer la supuesta competencia renuncia a que su categoría se cifre en las estipulaciones dinerarias, el ritmo no ha podido ser detenido. Fué para arriba con velocidad de vértigo. En rigor, si todas las cosas de la vida han subido, los honorarios de los astros taurómacos no guardan proporción con las elevaciones de los demás. ¿Qué ganaba un primer actor el año 1936, antes de nuestro Movimiento, y qué gana ahora? ¿Qué cobraba por sus cuadros un pintor de los consagrados y qué cobra actualmente? Desde luego, en todas las ac-

tividades ha habido subida, pero proporcionada al coste de la vida, y, en muchos casos, ni eso. En los toros es distinto. ¿Por qué? Sencillamente, por haberse quedado casi solo un diestro en la zona de lo indiscutible, de lo que ofrece a los públicos un interés apasionante.

No nos engañemos. Si en estos años hubiera existido, como durante cuatro o cinco lustros —los de la atonía y el decaimiento—, un escalafón de diez, de doce o catorce figuras de una misma jerarquía artística, por mucho que uno solo se hubiese empeñado, los precios no se habrían forzado. La cosa es lógica. Si uno, con el mismo renombre, con los mismos motivos de interés para la gente, se atrevía a pedir más de lo establecido, los empresarios tenían, natural y rápidamente, la respuesta: «No me interesa. Contrataré a Fulano». Y todos iguales, o, en nivel semejante, daba lo mismo un nombre que otro. Pero las circunstancias han determinado que un artista se quede casi solo en el sitio singular. No ha habido competencia. Se lo



han disputado los empresarios. Y ha sido fácil ir subiendo las tarifas, hasta llegar al grado inverosímil en que ahora estamos. ¿Qué ha pasado? Los que, con prestigio y popularidad, aunque distanciados en categoría, ocupaban los puestos inmediatos, fueron acomodando sus exigencias al nivel proporcional señalado por el de arriba. Y así, automáticamente, los precios de todos se han encarecido. Ya, ni los que comienzan, cobran lo que cobraban. Todo está artificialmente en inflación. Y lo malo es que, cuando esto ocurre, las correc-

ciones son, más que difíciles, imposibles.

Una solución podría haber surgido: la de que el diestro que ha venido a establecer la competencia —ya hemos señalado que supuesta, porque en realidad lo que hay es acuerdo y buena conllevancia, entendimiento y negocio— forzara hacia abajo, y entonces, por el interés que la figura provocaba y su posición de frenar y detener la marcha ascendente, habría sido imposible la loca carrera de los precios. Pero eso era pedir un sacrificio inverosímil. La tentación de la riqueza no hay espíritu lo suficientemente impávido que la rechace. La dotación de romanticismo no puede llegar a tanto. Y la virtualidad de una competencia tampoco ha obrado el milagro. El que vino a situarse en una variante de semejanza, se avino —y lógicamente, satisfecho— a lo que se encontraba forjado y resuelto. Esto es todo. ¿Soluciones? La única que no depende de la voluntad de nadie, ni de empresarios ni de públicos, ni siquiera de los mismos toreros: que surjan figuras. Y entonces, cuando haya varios que interesen tanto como los dos «colosos», se establecerán las competencias, y con ellas vendrán las ofertas más ventajosas. Y los empresarios, a quienes dé lo mismo contratar a *Pelé chico* o a *Melé de Triana*, escogerán. Claro que las cifras a que se ha llegado, salvo las excepcionales, no bajarán. En esto, la experiencia económica tiene también sus reglas inalterables.

Conste que no he pretendido justificar al iniciador, por la fuerza de las circunstancias —para él muy agradables, en todos los sentidos—, ni tampoco de defender la actitud de su supuesto «enemigo». No. Tampoco diré que hayan hecho bien. Han hecho lo que cualquiera en su caso. Lo que manda es la eterna ley, la inexorable ley. Mientras haya Humanidad, habrá un sistema de regular el precio de las cosas: la oferta y la demanda.

Y cuando se carece, se encarece.

Que es lo que ha pasado con los lidiadores.

Francisco CASARES



El planeta de los toros

EL SANATORIO DE TOREROS

A PENAS iniciada la temporada, ya está abierto el Sanatorio de Toreros. Un novillero, Francisco Rodríguez, ocupa una de sus camas. El Sanatorio de Toreros necesita mejor instalación. El edificio de la calle de Bocángel es inadecuado. No puede defenderse ni por su proximidad a la Plaza de Toros. Con las modernas ambulancias, el problema del

traslado de los heridos no existe, y éste se puede efectuar con toda garantía y comodidad no importa dónde. Es de creer que pronto el Montepío de Toreros acometa la construcción o compra de uno más capaz y dotado de aquellos adelantos que a la hospitalización de heridos se han aportado.

A este de la calle de Bocángel he ido algunas veces a visitar amigos. Como todo en el planeta de los toros es pintoresco, hasta el dolor también tiene su aspecto propio. Llega uno al Sanatorio, y en un pasillo estrecho y lóbrego nos recibe el mozo de espadas del herido, gran maestro de esta ceremonia, como de todas las que tienen relación con el torero. Su cara es de circuncancias, es decir, compungida, pero sin exageración. Antes de preguntarle, nos informa que su matador tiene un cornalón. Para los mozos de espadas, apoderados y amigos íntimos no existen los puntazos ni los rasguños. Según su manera de entender la propaganda, todos tienen que tener un cornalón, y si luego sanan a los ocho días, se dice que es debido a la robustez natural de los toreros.

El papel del mozo de espadas, mientras los médicos ordenan que al paciente no se le visite, es delicadísimo. Porque todos los que acuden al Sanatorio van allí más por vanidad que por aflicción. Descarto, naturalmente, las excepciones de rigor. Todos pretenden entrar en la alcoba a ver qué cara tiene el torero y a comprobar si se queja. Todos alaban sus méritos amistosos. El mozo de espadas se ve y se desea para contenerlos, cosa que logra a duras penas. En vista de esto, el visitante se dedica a comentar la cornada con los allí presentes. Todas las cornadas han sido previstas desde el tendido por esta clase de gente. Si el torero le hubiera hecho caso a él, a estas horas no estaba en el lecho del dolor, sino tomándose unas cañas en su compañía. Todos vi-

ron a su tiempo que el toro se vencía por el lado derecho y todos se lo dijeron a un amigo que estaba a su lado. Al matador no pudo decirse porque se encontraba cerca del toro.

Otra de las preocupaciones de estos curiosos del Sanatorio de Toreros es el conocer la exacta situación y puntual descripción de la herida. Recuerdo una vez que uno preguntaba y preguntaba al mozo de espadas por los detalles de la cornada, situada en un muslo, y ya al final de sus muchas preguntas, inquiriere:

—Bueno, ¿pero se le ve la femoral o no?

Y el mozo de espadas contestó rápido:

—¡ Hombre, como vérsle, se le ve, pero no a simple vista!

Cuando ya el torero puede recibir a sus amistades, éstas entran muy joviales, diciendo tonterías risueñas, que aun son peores. Y en cuanto el torero hace un gesto o pretende cambiar de postura, dicen: «¿Te duele?». Y si el herido contesta que no, se desilusionan, porque en el fondo lo que quieren es que les duela para así satisfacer ese pequeño y dicen que humano rencor de los que no son nada hacia los que ganan dinero y logran popularidad.

En el Sanatorio de Toreros, los amigos de éstos, que además lo son también de la filosofía barata, se explayan a su gusto y comentan:

—¡ Aquí debían venir esos que en la Plaza chillan a un torero porque no se arrima! ¡ Aquí debían venir para que vieran lo que dan los toros y no crean que sólo es billetes de Banco!

El Sanatorio de Toreros ya está abierto. Hago votos por que en esta temporada tenga pocos hospitalizados. Y los hago por que pronto ocupe otro local mejor acondicionado que éste. — **ANTONIO DIAZ-CANABATE.**



A punta de capote

E L "osté". Sabida es la famosa réplica de Lagartijo cuando le preguntaron lo que había que hacer a los toros para aprender a torearlos:

—Mu fácil— contestó el maestro— Basta con colocarse en el centro de la Plaza y cilar al toro. ¿Viene el toro? Pus se quita "osté". ¿Que no se quita "osté"? Pus, lo quita el toro.

Así leo esta frase, tan exacta, tan rápida y tan llena de sabiduría, en un libro de anécdotas taurinas. Y aparte de que Lagartijo, como ningún cordobés, nunca dijo pus, sino pues, quiero resaltar el "osté" que por dos veces se cuelga de la memoria de un inmenso torero, que por sí solo constituye una época imborrable en los anales taurinos.

Y vamos al "naide".

En libros, periódicos y de boca en boca ha corrido siempre la retesabida y resobada réplica de Guerrita cuando le preguntaron cuál era, a su juicio, el mejor torero de su tiempo:

—Primero, yo—cuéntase que dijo—; luego, "naide", y después de "naide", Fuentes.

No dudo un punto de la veracidad de ambas conocidas anécdotas; lo que pongo en tela de juicio es que Guerrita y Lagartijo expresaran su pensamiento con el "naide" y el "osté". Con estas dos expresiones he querido dar un esquema del modo falso con que la rutina pretende dar colorido al típico decir de los toreros andaluces. Lo mismo podría añadir el "haiga" y otros barbarismos del mal hablar empleados en embastecer deliberadamente el lenguaje de Cúchares, del Tato, de Frascuelo y de otros lidiadores en los lances y sucedidos que de ellos nos llegan en los libros. Y lo paradójico del caso es tanto más chocante cuanto que las frases famosas, expresadas con repelente banalidad, contrastan, por lo general, con su sentido agudo, lógico, ingenioso y hasta trascendente, como en la reflexión aquella del Espartaco sobre las cornadas del hambre, Pensamientos y dichos reveladores no sólo de un profundo conocimiento de los toros, sino de la vida y de los hombres. ¿Por qué, pues, se embadurna el léxico de los grandes toreros con afectos intolerables de ganancia?

El torero, por humilde que sea su extracción, nun-

EL TORERO, EL "NAIDE" Y EL "OSTÉ"

ca es un patán. Podrá conservar en los albores de la torería el pelo de la dehesa o del suburbio; pero a medida que se hace gran figura y su trato se solicita por aristócratas, políticos y escritores, el roce le desbasta, y si no se afina, aprende, por lo menos, a no decir ordinariades. Su lenguaje, en este caso, no es redicho ni rebuscado; es sencillo, cortés, expresivo y espontáneo, como el del tipo medio del hombre de su tierra, campo o ciudad. Puede hallarse un torero rústico; pero nunca un torero cursi. Por lo general, el torero andaluz es inteligente, despejado, vivaz y con un instintivo don de gentes. Téngase en cuenta para considerarle en su conversación que en Andalucía se habla el castellano tan bien y con tanta pureza como en el corazón de Castilla, si prescindimos del ceceo que lo diferencia, o s, según oigamos a un malagueño, un cordobés, un sevillano o un gaditano.

Los toreros modernos, procedentes de la misma cantera popular que los antiguos, son ilustrados en no escaso número. Belmonte, Domingo Ortega, Antonio Bienvenida y Albacín escriben prólogos y dan conferencias. Sánchez Mejías fué crítico y dramaturgo. El picador Memento y Minuto escribieron y estrenaron comedias. Y si miramos al pasado, Pepe-Hillo y Francisco Montes nos legaron los dos tratados fundamentales de *Tauromaquia* que aun prevalecen... ¿Qué más?

Es cierto que Guerrita, quizá por su irreprimible aversión al torero de tirilla y bombín, tenía a gala hablar entre sus amigos con las bárbaras locuciones de su rusticidad primera; pero esta ingenua plebeyez, desahogo de su independencia feroz, no pasaba de ahí. Guerrita, hombre con clarísima percepción de las conveniencias, sabía decir "naide", y no "naide", según con quien hablara. Ante personas distinguidas, incluyendo la Casa Real y lo más granado de la sociedad española, puede afirmarse que Guerrita no dijo "naide" jamás. En cuanto al "osté" de Lagartijo, digamos

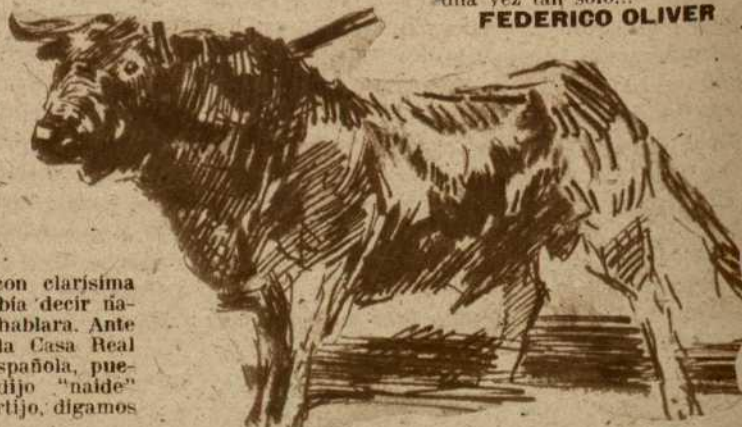
de una vez que el Galifa de Córdoba jamás puso en sus labios tamaña palabrota. ¿Por qué? Senillamente, porque en Andalucía nadie la dice. El "osté" procede del chabacano andaluz convencional, tan en boga en el siglo XIX, gracias a *Los celos del tío Macaco*, *El tío Canillitas*, *El churi del ecijano* y otros sainetes del horrendo repertorio.

Hubo un andaluz convencional, como lo hubo aun lo hay— gallego, catalán y madrileño.

Por dicha, el falso andaluz, rutinario y cerril, desapareció cuando aparecieron los hermanos Quintero. Ellos, artistas esclavos del natural, rehabilitaron Andalucía en su típico decir. Gracias a la labor espagnolísima, por andaluza, de los fecundos hermanos, otros comediógrafos pudieron escribir sobre una Andalucía renovada por el buen gusto.

Y digase, por contera, si en el extenso panorama geográfico quinteriano, desde la sierra a la marisma, del río al mar, de la ciudad al ventorrillo, del palacio al suburbio, del jardín al olivar y del cortijo al templo—lugares de acción donde bulle y vibra, llora y ríe, una Humanidad que respira y pestañea—, hay, por acaso, un personaje o personaje que diga "osté" por una vez tan sólo...

FEDERICO OLIVER



Los críticos sevillanos opinan

DELAVEGA no cree que las cosas taurinas cambien mucho

YA han salido los precios del abono en Sevilla. Son los mismos del año pasado, y no es poco. Quienes no conocen las interioridades del espectáculo taurino no pueden concebir que el alza de precios se mantenga cuando —dicen muchos— están «fuera los mandones». Y no es así. De nada sirve que los ases estén lejos, para que la fiesta pueda abaratar-se. Este invierno ha ido estudiándose todo. Los problemas del toro y del torero. ¿Por dónde pueden hacerse economías? Y entre cábalas y cábalas, ha llegado la primavera, y con ella los preparativos, y, en suma, la verdad: que las corridas han empezado y que valen como el año pasado, si no más. ¿Por qué? ¿Es que hay que renunciar a que la fiesta sea más asequible? Como arriba decimos, han salido ya los precios de los abonos en la Maestranza, y como Sevilla es un buen lugar para comentar esta realidad —bien triste, y culpa de todos— de que las cosas estén como están, vamos a preguntarle hoy, aquí, junto a este pequeño zoco taurino del centro de Sevilla, donde la mañana transcurre entre disparatados precios por las corridas y exigencias de todos: intermediario, ganadero, torero. Todos exigen, menos el toro, claro está, que «no tiene dónde caerse muerto», a pesar de todo.

Y vamos a charlar ahora un rato con Delavega, crítico taurino de «El Correo de Andalucía», a cuya pluma débense, en su justa medida, los mayores embates y las ironías sutiles cuando las cosas lo requieren, trátase de quien se trate. Porque Manolo Murga, Delavega, no admite torceduras en esto, y él sabe que la misión de la crítica no se soborna y que sólo cuando no se soborna —ni siquiera con fáciles halagos— es cuando se está en condiciones de hablar claro.

—Esto es cierto: hablar claro —nos dice Delavega—. Lo que hay que hacer es hablar claro. Y para hacerlo así hay que empezar por el toro. Para mí fué una satisfacción muy grande leer, precisamente en EL RUEDO, unas declaraciones de don Antonio Pérez Tabernero, en las que decía «que ahora se aburría mucho y antes se divertía más en las corridas». Y agregaba: «Ahora, los toros cumplen fácilmente con los caballos, y se caen al segundo puyazo». Estas declaraciones tienen mucha importancia —nos dice el popular crítico—, porque precisamente don Antonio Pérez Tabernero es uno de los culpables del actual estado de la fiesta. El ha «inventado» el toro de ese tipo, que se «cae al segundo puyazo», en su famosa fábrica de toros de San Fernando. ¡Lastima que eso no lo dijera don Antonio hace dos años, cuando sus toros eran los preferidos por los que mandan en el toreo! Ahora es tarde, y lo que ocurre es que ya hay otros

ganaderos que los fabrican aún más a gusto para los toreros que lo hace don Antonio. Pero siempre es consolador ver que hombres de tanto prestigio en la fiesta vuelvan a desear lo que por ahora hay que considerar perdido.

Preguntamos a Delavega qué opina del abaratamiento de la fiesta, y nos dice

—No creo en ese abaratamiento. Ya tengo bastantes años, y he conocido dos guerras mundiales, que han desnivelado la economía. Cuando la del año 14, subieron todas las cosas y nada bajó. En la de ahora, ha subido todo aterroradamente. Tampoco creo que baje nada. Yo recuerdo campañas de los críticos sevillanos porque las entradas de toros habían subido diez céntimos. Claro es que era un diez por ciento de su valor; pero subieron y se quedaron así. Ahora es posible que bajen, en determinados sitios; pero además sería una baja ridícula. Que una entrada de sombra valga sesenta y ocho pesetas en vez de setenta no significa nada; y bajar a treinta pesetas es un sueño «atómico». No hay que pensar —acentúa Delavega— que un ganadero que ha cobrado setenta mil pesetas por seis toros enclenques se conforme con treinta mil; ni que un torero vuelva a cobrar diez mil pesetas por corrida... Y si esto es difícil, figúrate lo que sería pensar en que los impuestos iban a disminuir. Ni en estado de locura habría cabeza que pudiera creerlo.

—¿Cuál puede ser, entonces, una solución para el decaimiento de la fiesta en cuanto a su vitalidad emotiva?

—Lo que hay que hacer es volver al toreo como ha sido siempre. Es decir, que se aprecie más al lidiador que al torero, cosa que puede ocurrir.

Delavega cree que esta temporada no va a ser tan buena como se dice para los novilleros, porque los novillos van a pasar «por toros tremendos», cosa que deja más dinero. Y tiene razón el popular crítico sevillano.

PACO MONTERO



El crítico sevillano Delavega habla con nuestro colaborador Paco Montero (Fots. Arenas)



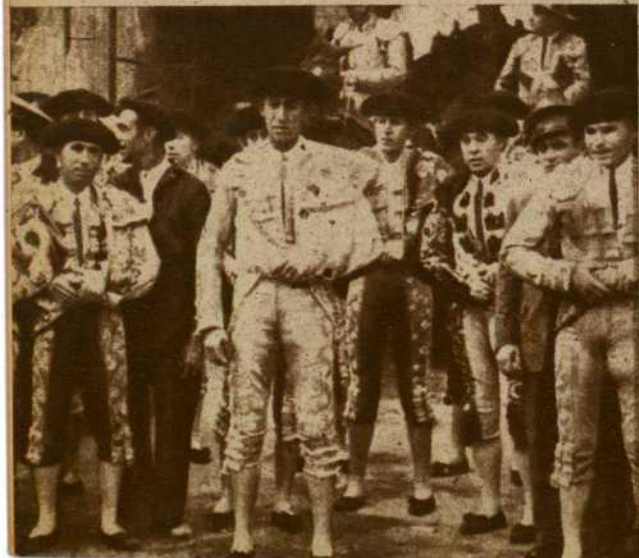
Varias actitudes del crítico sevillano Delavega durante su entrevista



Primer tiempo de la cogida del diestro Luis Miguel Dominguín por el quinto toro en la Plaza de Barcelona



Pancarta pidiendo toros, que exhibió durante la corrida un aficionado.—Abajo: Los matadores al frente de sus cuadrillas



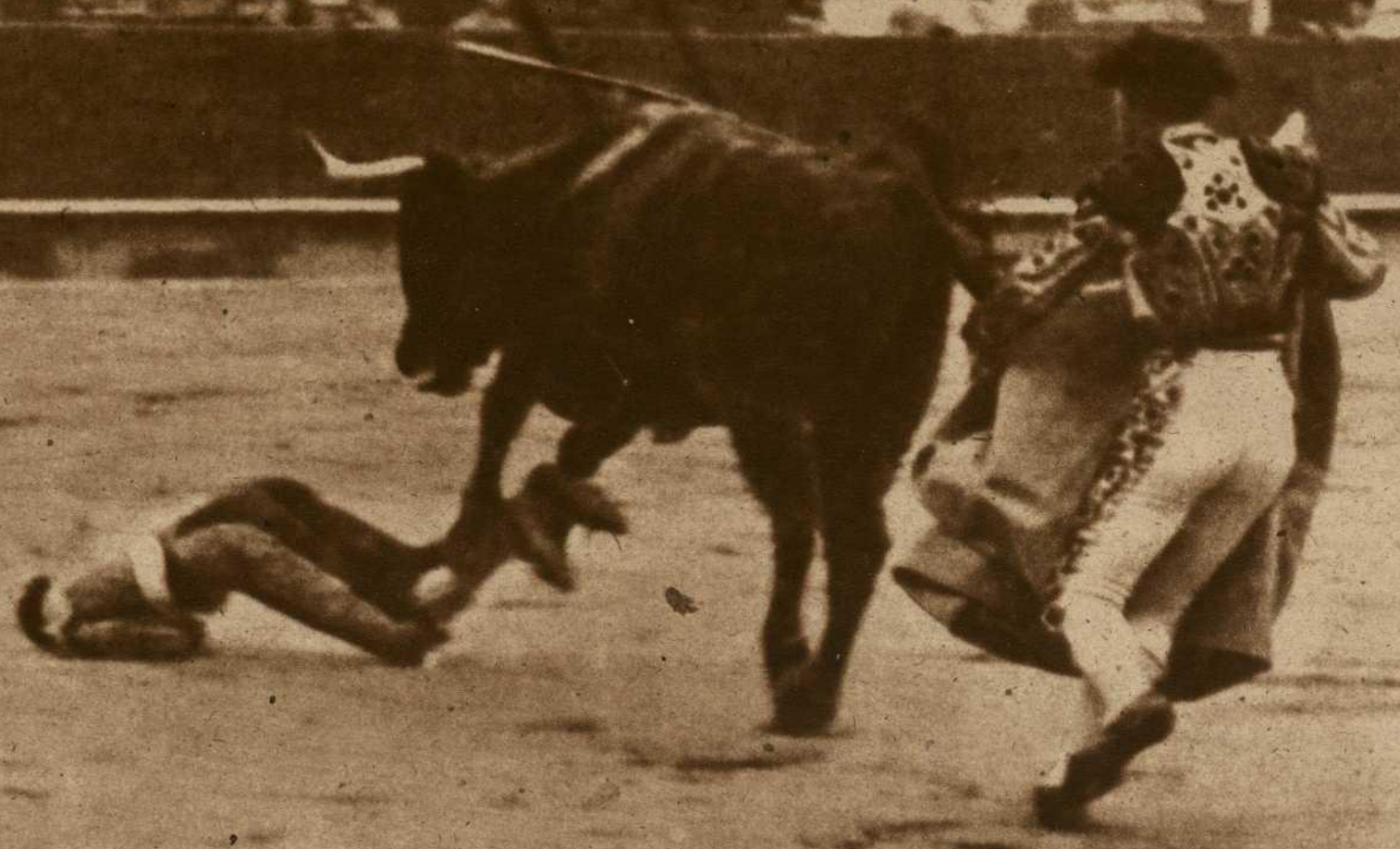
CARTEL DE BARCELONA

ORTEGA, LUIS MIGUEL y alternativa de TOSCANO

Uno de los muchos momentos de desconcierto producido esta vez por el salto de uno de los toros al callejón



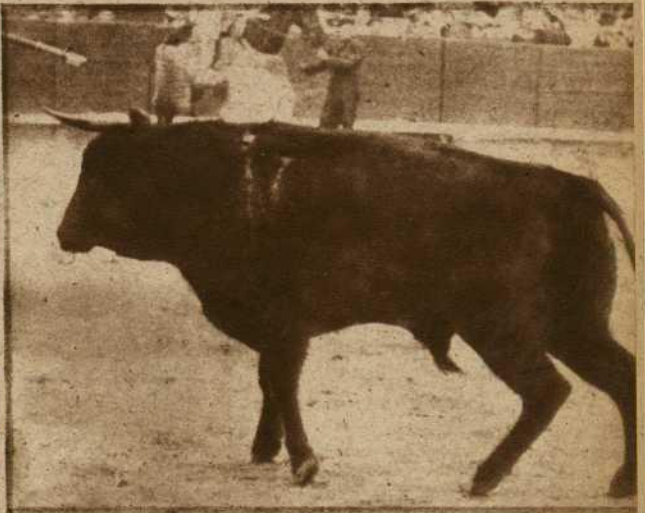
IBERIA



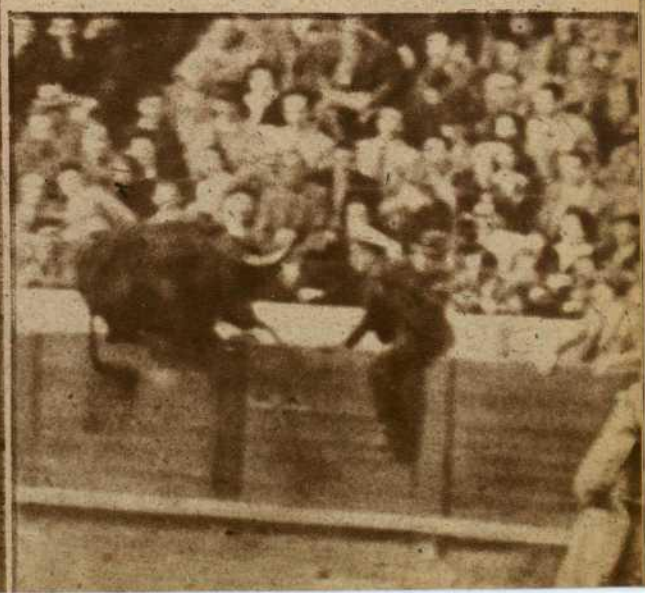
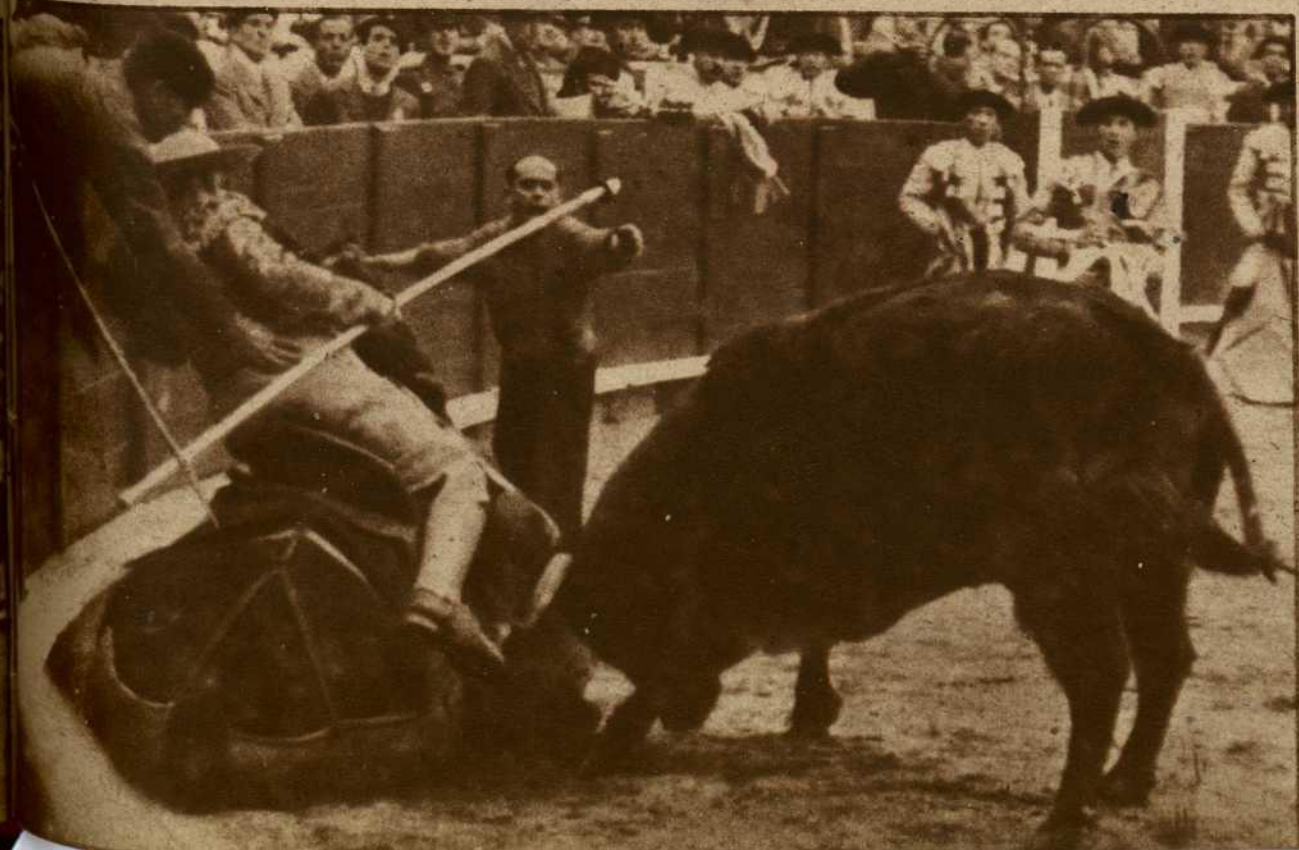
Segundo tiempo de la cogida de Dominguín. Más tarde, después de la suerte de matar, se retiró el toro al corral, en medio de un gran escándalo

EN EL QUINTO TORO SE PRODUJO, EN MEDIO DE UN ESCANDALO MAYUSCULO, LA COGIDA DE DOMINGUIN

Una caída peligrosa ante la cara del bicho, que busca el cuerpo del caballo para clavar



El toro de la alternativa de Toscano.—Abajo: Uno de los toros saltarines que «amenizaron» el espectáculo (Fotos Valls)





citada la impropriadamente llamada "gaonera", quedó abolida aquella otra forma de torear, como si una y otra suerte fueran incompatibles entre sí. ¿Qué han de serlo!; Pues así que no ganaría aplausos el diestro que ahora sacara del olvido aquella que Pepe-Hillo inventara!

El lance "de frente por detrás" es igual que la susodicha "gaonera"; pero así como para ejecutar ésta se coloca el torero dando la cara al toro, en aquél se sitúa de espaldas, y no hay que decir que el efecto que produce resulta siempre cautivador. O, mejor dicho, resultaba, porque hoy no vemos torear así.

Tan olvidado o más se halla el lance de "tijera" o "a lo chatre", es decir, "catre", cuyo nombre toma de la forma de aspa en que el diestro pone los brazos, igual que las camas llamadas así; y suerte que no podemos nombrar sin que venga a nuestra memoria aquella seguidilla del siglo pasado, que dice:

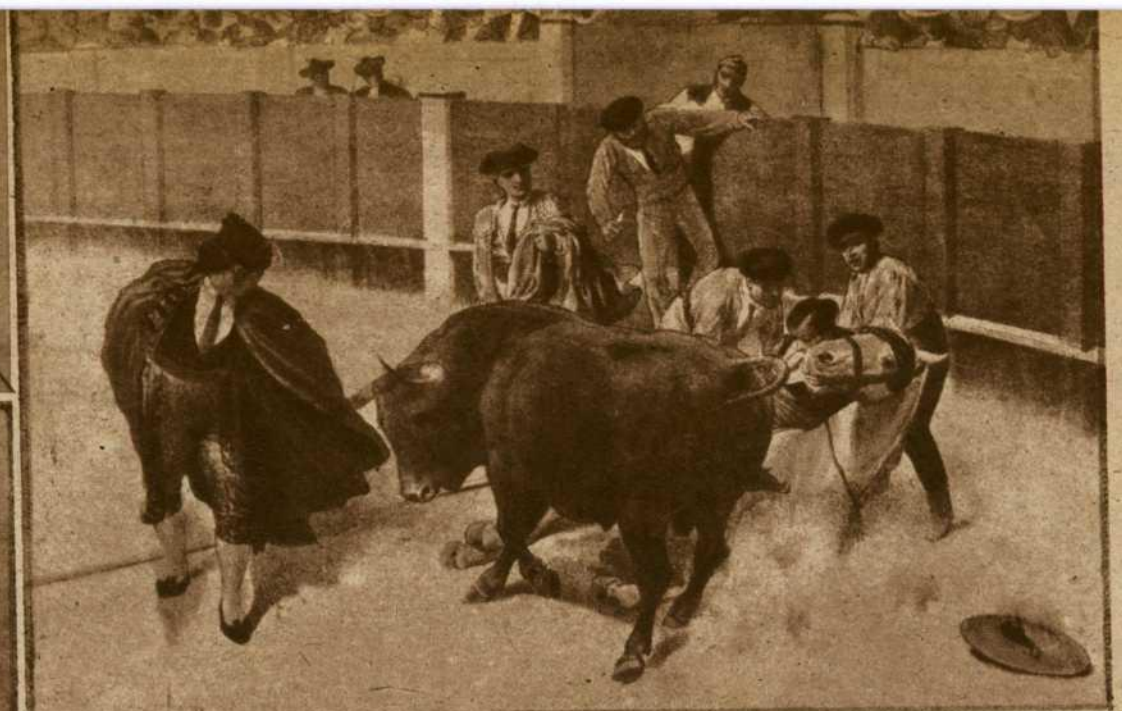
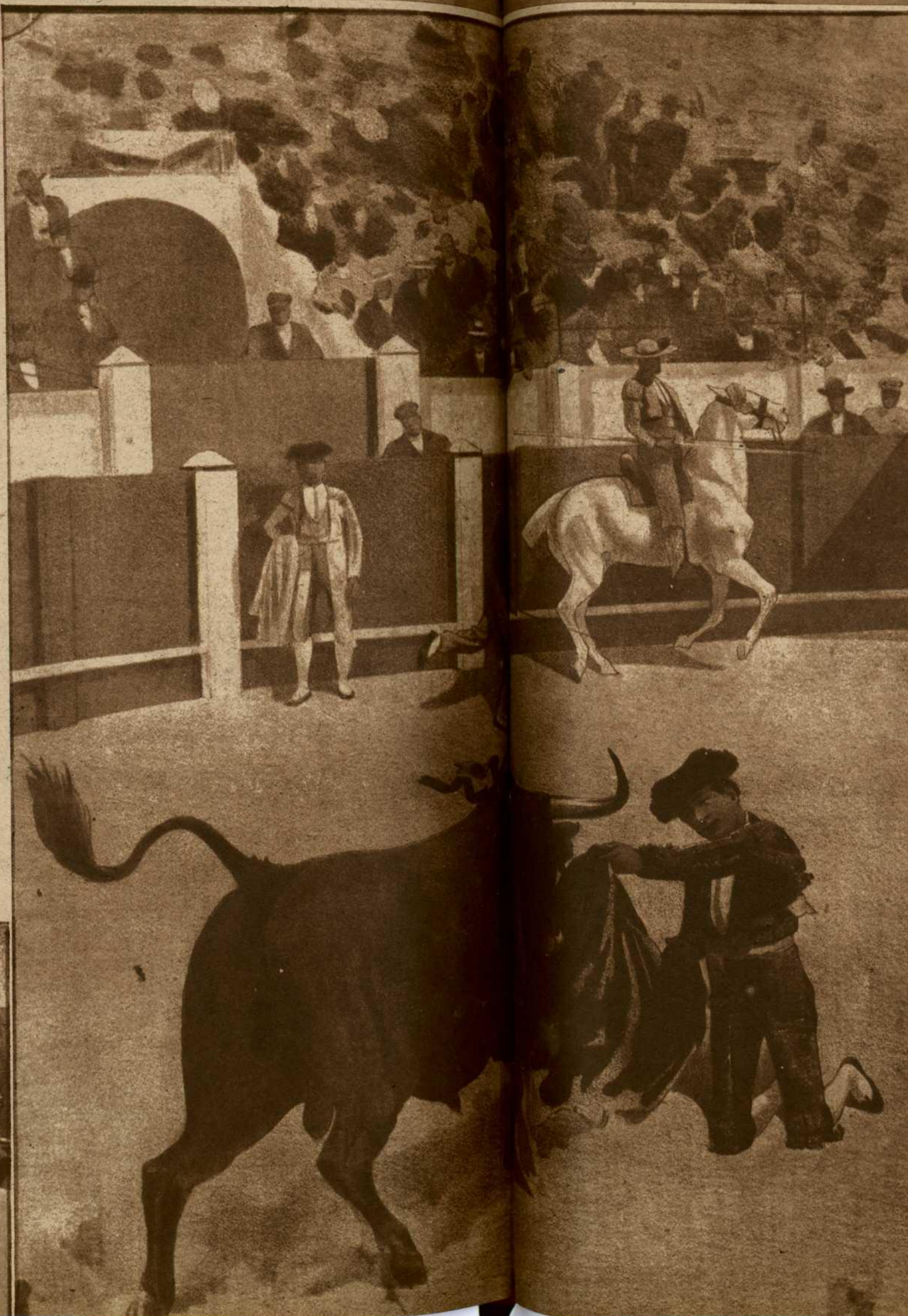
*Lances de tijerilla
da mi morena,
y aunque los da con garbo
mucho me apena,
pues me recorta,
me consiente y engaña
su capa corta.*

Para ejecutar las "tijerillas" se colocará el diestro como si fuera a torear a la verónica, llevando el capote cogido con ambas manos y los brazos en cruz, formando el aspa susodicha, debiendo tener en cuenta que, si ha de darse la salida al toro por el costado derecho, deberá colocar el brazo izquierdo sobre el otro, y viceversa, si la salida ha de marcarse por el izquierdo.

Se han dado series de "tijerillas" en las que se deshacía el aspa después de cada lance, para formarla de nuevo al dar el siguiente por el otro lado; pero esto no quita mérito a la ejecución de la suerte.

Los antiguos cronistas dicen

ALGUNAS SUERTES DE CAPA QUE ESTAN EN DESUSO



Un quite galleando, de Cúchares, también debido al lápiz de Perea, que tanto sabor dejó en las páginas de «La Lidia»

LA labor corrosiva del tiempo puede con todo y borra aquello que un día, en cualquier época, pareció sólido y permanente.

Yo, que soy un aficionado nostálgico, pienso a veces en muchas cosas desaparecidas, y no puedo contemplar los viejos cromos de La Lidia sin que la emoción me gane la mirada, singularmente cuando veo los dibujos de algunas suertes del toreo que no se ven practicar hace muchos años.

Sería ocioso negar que en los últimos se han hecho a tal arte nuevas aportaciones; pero como al mismo tiempo han sido arrumbadas otras, el rico acervo de lances que la Tauromaquia nos brinda parece pobre en realidad, y así vemos repetirse en las corridas, con monotonía desesperante, un limitadísimo número de suertes que, aunque se interpretan bien, dan la sensación de que el toreo, prácticamente, se halla esclavizado por un mezuquino repertorio.

En el toreo de capa, singularmente, existen algunas suertes que están en desuso, acaso porque no son de fácil ejecución, con lo que habrá que convenir en que somos injustos cuando, al hablar de los toreros de ayer, nos colocamos en un plano artístico inferior al de los actuales.

¿Qué aficionados modernos han visto practicar el lance "de frente por detrás" o "a la aragonesa"? Ninguno, seguramente. Un lance suelto al rematar un quite, tal vez sí; pero una serie de ellos, ligados, sin solución de continuidad, repetimos que nadie. Cuando, hace más de treinta años, en 1910, fué resu-

que dieron con gran lucimiento los lances de "tijera" Jerónimo José Cándido, Francisco Montes y Cayetano Sanz, y nosotros se los hemos visto en alguna ocasión a Rafael el Gallo; Nacional (Ricardo) y Marcial Lalanda.

El "cambio de rodillas" ha pasado al museo de los recuerdos y ha sido substituído por la "larga cambiada", que es una mixtificación de la suerte que tanto contribuyó a labrar la fama de Fernando Gómez, el Gallo.

Y quien precisamente lo mixtificó con dicha larga fué su hijo Rafael.

El verdadero cambio de rodillas con el capote se daba cogiendo éste con las dos manos; tanto más mérito revestía la suerte cuanto más recogido se ofrecía aquél a la res; se llamaba la atención a ésta señalándola el viaje hacia los terrenos de dentro, y cuando, tras arrancarse la misma, llegaba a jurisdicción, se le daba la salida por el lado opuesto, es decir, desviándola, haciéndola cambiar el viaje y echándola por el terreno de fuera.

El padre de los Gallo, dicho señor Fernando, lo ejecutaba de un modo maravilloso y emocionante con toda clase de reses; su mejor discípulo en esta suerte fué el espada Francisco González, Faico; Bombita (Ricardo) solía darlo muy bien frecuentemente, y el 14 de enero de 1906 sufrió en Méjico una grave cornada en el pecho al ejecutar dicho cambio; Joselito lo ejecutó a la perfección, pero no fué consecuente en su práctica, y desde hace muchos años no se da más que la mencionada larga, desafiando al toro con el capote extendido sobre la arena y dando un banderazo que hace pasar al toro muy lejos. No es eso el clásico cambio de rodillas, ni mucho más acá de la posada. ¿Qué ha de serlo! Dejémoslo en una parodia ventajista, para satisfac-

ción del repetido señor Fernando, allá en las regiones de ultratumba.

En estas tres suertes olvidadas que al capote corresponden, pasa el toro; y entre las que no pasa hay una de mérito indiscutible, igualmente desaparecida: la del "galleo", llamado "el bú", consistente en ponerse la capa sobre los hombros, en forma natural, y salir por las afueras delante del toro, esquivando los derrotes de éste en zig-zag, y merced al juego que se da al engaño por un lado y otro.

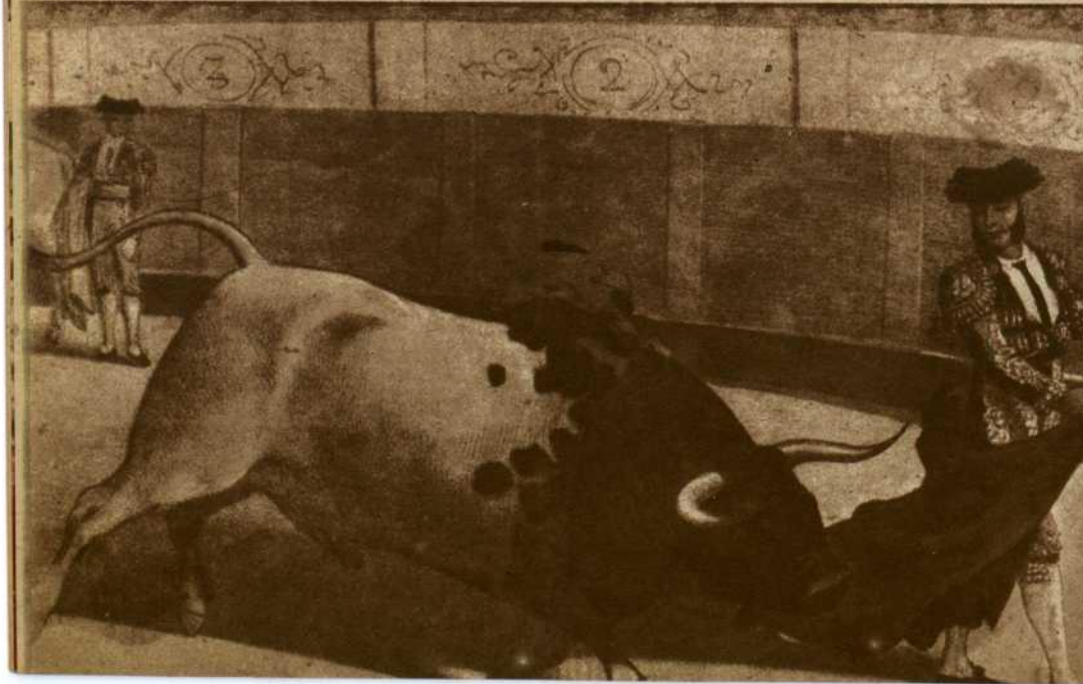
Antiguamente se practicaba mucho, y viejas crónicas nos refieren que un torero tan mediano como Paco Frasuelo fué intérprete fidelísimo de tal suerte y un verdadero especialista en su ejecución. Este diestro tuvo una escuela taurina en Madrid, y de él tomó algunas lecciones —exclusivas de dicho lance— Joselito el Gallo, quien lo practicó en varias ocasiones, así como Luis Freg y Francisco Peralta, Facultades, a cuyos espadas también se lo vimos practicar más de una vez con feliz acierto.

Los discípulos de Aristóteles dijeron que "la inteligencia conoce, la razón discute, la memoria recuerda y la voluntad quiere"; de estos cuatro dinamismos culminantes, firmes y categóricos, solamente nos es dable cultivar el tercero, que es lo más inocuo que existe en una charla taurina; y si tras este recuerdo a unas suertes olvidadas hay algún torero que quiera resucitar las mismas, puede estar se-

guro que no renirán con ellas las pocas que hoy están en uso.

DON VENTURA

Grabado de «La Lidia», original de Perea, representando la suerte de frente por detrás. En el centro: El cambio de rodillas de Fernando el Gallo



LOS TOREROS EN SU CASA

MARIO CABRÉ vive en un hotel, es madrugador, escribe versos...



A la puerta del hotel, en la calle madrileña tan sugestiva y animada...

AUNQUE Mario Cabré no ha cuajado aún en larga temporada, es indudable que tiene una personalidad en la torería. Desde aquella tarde de agosto, hace un par de años, en que armó una revolera de entusiasmo en la Plaza de Madrid al presentarse como novillero, se ha hablado mucho de Mario. Un día, porque un reportero descubrió que era poeta. Otro día, porque se presentaba como recitador ante el micrófono. Otro, porque representaba "Don Juan Tenorio" en Valencia. Últimamente, porque ha sido el galán-protagonista de una película. Pero, ¿cuántas cosas es este Mario Cabré?

Preguntó por él y me dicen que vive en un hotel de la calle de Alcalá, cerca de la Puerta del Sol. Y voy a verle. El torero está ya vestido —son las diez y media de la mañana—; tiene en su mesa un revoltillo de papeles de color azul, en los que se ve claramente que están "llenitos" de versos escritos con letra de claro y firme trazo; se ha tumbado y está leyendo en este momento un libro.

—Vengo —le digo— para hacerle desfilar a usted por esta galería de EL RUEDO, en la que presentamos a los toreros en su casa.

—Pues ya ve —contesta— no tengo casa en Madrid. Vivo en este hotel. Aquí todo está un poco apretado, como puede ver.

—Sí; pero más que una habitación de fonda es una especie de residencia. Veamos: ¿Qué vida hace usted?

—¿Qué quiere decir?

—Voy por partes. ¿A qué hora empieza la vida?

—A eso de las nueve.

—¿Qué madrugador!

—Es lo sano. Y me levanto a las nueve porque no me acuesto pronto. En la temporada, cuando no salgo de noche, estoy levantado a las seis.

—¿Qué hace usted a esa hora?

—La higiene. Ducha todos los días, afeitado diario, ejercicio, y en seguida salgo a la calle a darme un paseo y desayunar. Me gusta hacerlo en una lechería, donde elijo las cosas que más me apetecen. Luego vuelvo a casa, si no tengo cosa urgente que hacer, como hoy, y leo y escribo.

—¿Es usted muy amigo de la lectura?

—Mi mayor afición.

—¿Qué lee usted?

—Muchos autores. Ahora, mis escritores favoritos son Stefan Zweig y Dostoiéwsky. Me entusiasman. También leo todo lo que sale de verso.

—Pero veo aquí pocos libros.

—Son los que he comprado en estos días. Cuando los leo los mando a casa. En un hotel no se puede ir amontonando una biblioteca. Aquí, como ve, tengo el baúl y las maletas, y he de estar dispuesto siempre para salir en un cuarto de hora si hace falta.

—Veo que tiene la mesa llena de hojas con versos; hojas azules...

Mario Cabré baja la cabeza, como un chiquillo avergonzado:

—Sí... Escribo algo... Me gusta la poesía...
—¿Es usted poeta?
—Creo que sí. Por lo menos, lo que hago es porque me sale de dentro, y si no, no lo haría.
—¿Me permite que lea algo?
—Tenga. Coja usted lo que quiera...
Cuando he ojeado algunos poemas, le pregunto:
—¿Me permite que reproduzca una de estas poesías para que el público vea que es un poeta de verdad?
—¿Cuál quiere usted?
—¿Qué más da! Esta misma.
Y la que tengo en mis manos resulta que es la última, la que ha escrito esta misma mañana. Se titula "Impresión", y dice así:

*Ensueño de trópicos.
Palmeras y dunas.
Isla que las nubes
bajan a su altura*

*Marea enlazada
con cintas de luna,
flotando en el eco
de un canto en penumbra.*

*Los besos se mecen
sobre las espumas.
¡Qué cerca y qué lejos
los labios se juntan!*

*Caricia en desvelo.
Expresión confusa.
Sonido de un nombre
convertido en música.*

*Parece que llega...
Los brazos se cruzan
sin estar él dentro...
Huecos de locura*
*que llenan las horas
del siempre y el nunca.
El aire y tu cuerpo
no sé qué preguntan.*

Me cuenta luego Mario Cabré que sale del hotel para almorzar, generalmente, por ahí. Muchos días lo hace sólo. Le agrada más ir variando de mesa que hacerlo siempre en el mismo sitio. Por la tarde, después del almuerzo, va al café. Un café madrileño, donde se reúne gente del teatro, que es el ambiente donde nació y creció. Porque Mario es de una familia de artistas. El me lo cuenta:

—Mi padre, Jaime Cabré, fué actor toda su vida; lo es mi tío Pedro Cabré; igualmente es actor mi hermano Eduardo; mi hermana Anita era primera bailarina del Gran Teatro del Liceo de Barcelona, hasta que se casó con otro artista, el bajo cantante Manuel Gas. Yo trabajé varios años en el teatro, hasta que me eché a los ruidos.

—¿Y cómo fué eso?

—Porque me lo pedía el cuerpo, como los versos.

—¿Y se lo sigue pidiendo?

—Cada día más. Le aseguro que, por una parte, estoy disgustado de que se sepa que soy actor, poeta, recitador y todas esas cosas, porque lo único que me ilusiona en grande es el torero. Esto es lo que yo quiero ser, y si este año tengo suerte, saldré adelante.

—¿Va usted a hacer algo nuevo?

—Pues... sí. Voy a realizar un torero de sorpresas. Lo he meditado mucho. Si tengo suerte con lo que sale de los coprales, haré algunas cosas que espero que me situarán. Eso si no me coge...

—Es verdad. Ha tenido mala suerte...

—Mala. Cuatro cogidas. Una de novillero, dos de matador, y la última cuando toréaba en la película.

—Sigamos su vida, Mario. ¿Qué más hace?

—También ceno por ahí. Luego voy, casi todos los días, a los estrenos del cine o del teatro. Algunas veces, a bailar. Y después me meto en casa.

—¿Así siempre?

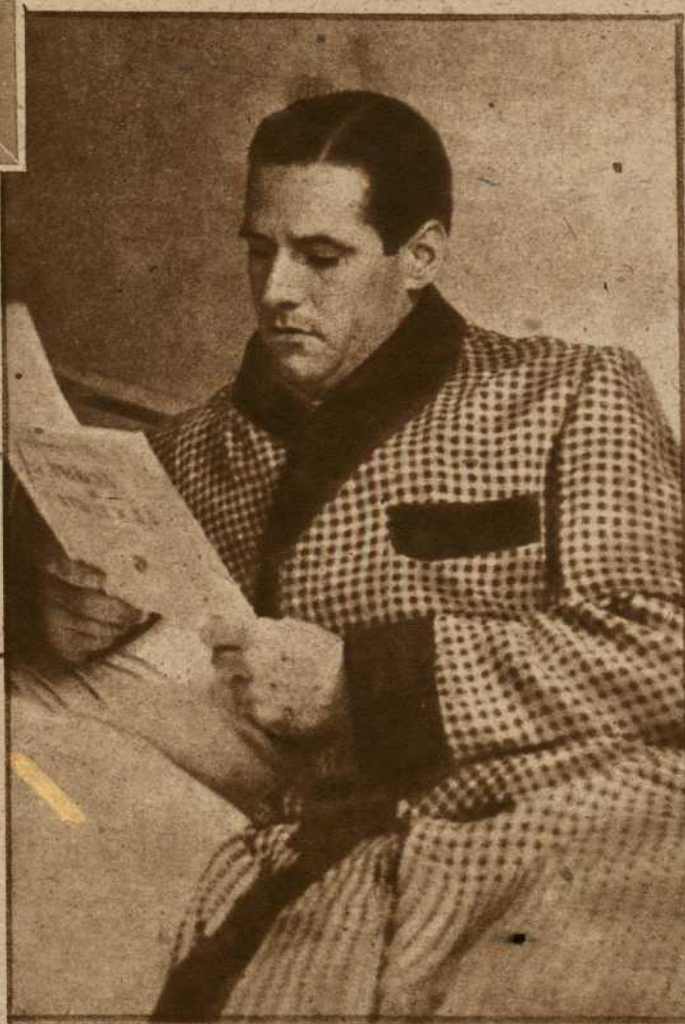
—Esto más bien en el invierno. Cuando llega la temporada, suelo acostarme muy temprano y madrugar mucho. Voy a El Escorial, donde hago ejercicio, para estar en forma. Y me paso muchas horas de reposo en mi habitación, dedicado a la lectura, que, como le digo, es lo que más me divierte.

Mientras hablamos, Manzano tira algunas placas. Y cuando llega el trance de la despedida, Mario Cabré lo hace con estas palabras:

—Diga usted, si quiere, que me paso aquí las horas leyendo y escribiendo; pero no hable de que soy actor ni recitador, ni nada de eso, ¿comprende? Yo no quiero ser más que torero, y que la gente me vea sólo así. Si yo torease este año en Valencia, ¡imagínese qué problema! He hecho allí once veces el "Tenorio". Tengo que hacer que se olviden de eso, porque si no, me dirán: "¡Al teatro, al teatro!" Me he jugado el tipo con esa broma... Sí, sí. Me perjudica. Y perdone que aquí no le pueda ofrecer mi casa. Si va usted por Barcelona...

FELIX CENTENO

Arriba: El torero lee, su gran afición. —Abajo: Mario escribe versos en su cuarto del hotel (Fots. Manzano)



LUIS BRIONES, EN ESPAÑA

Cuanto soy — dice — se lo debo a Conchita Cintrón, mi gran protectora cuando empecé a torear

Abandoné el oficio de caramelero para dedicarme al toreo

Luis Briones llegó el lunes a España, de Méjico. Como tantos otros, trae consigo la esperanza de triunfar y la ilusión de abrirse camino por los distintos ruedos de España.

Con sus veinticuatro años y consagrado ya figura del toreo, el Tesoro de Monterrey, como se le conoce en el ambiente taurino, es paisano de Lorenzo Garza, el maestro de la actual generación taurómaca de Méjico. Briones nació en el Estado más español, por el ambiente y la semejanza a nuestra Sevilla.

Calles estrechas, ventanas con rejas y patios floridos, con gran profusión de claveles. Así es Monterrey, la ciudad mejicana donde nació Luis Briones, el azteca que tiene los rasgos característicos de un hombre de Occidente.

Luis Briones ha llegado a Madrid, y sus hazañas con el bicho son conocidas de todos los amantes a la fiesta nacional. Carrera corta, en la que la desgracia fué su peor enemigo, culminando sus percances con la grave cogida sufrida hace dos temporadas en El Toreo.

Hasta entonces todo fué rela-

tivamente sin importancia. Sin poner nunca en peligro su vida, hasta la tarde en que toreado con Cagancho y Carlos Arruza sufrió la cornada que hoy lleva, como pregón de valencia, entre ceja y ceja.

El mejicano se hizo torero por afición... y también algo por necesidad. Su profesión, al igual que la de su padre, no daba lo suficiente para desenvolverse cómodamente en la

vida. Había privaciones en su casa, y el muchacho buscaba aquello que por arriesgado podía hacer desaparecer las preocupaciones familiares.

Y se hizo torero. Vinieron los primeros triunfos, y la ayuda, en esta ocasión, por parte de una mujer que actuaba en los ruedos. Conchita Cintrón, la rejoneadora peruana, le apoyó en todo momento.

—Cuanto soy hoy —decía con gran admiración Briones— se lo debo a la señorita Conchita.

Y lo pregona con enorme satisfacción. Bendiciendo el corazón que tiene para todos la gentil caballista.

Cómo se hizo torero lo ignoran los aficionados españoles. Su biografía es conocida de sus compatriotas, pero hasta ahora, de Briones no se sabía más que era una figura y que venía a España con grandes posibilidades para triunfar.

Fácil con el estoque, sus lances de capa y los pases con la muleta hacen de él un torero de calidad. Son referencias que en España ya se estiman, y que de cuajar en las Plazas donde actúe, lo llevarían a erigirlo como primera figura. Lo es en Méjico y puede serlo igualmente en España.

—Todo es, la suerte — comentaba con modestia.

—Trabajaba de caramelero jurto a mi padre y contaba entonces diecisiete años. Vida monótona, sin esperanza de ser algo destacado en la vida; empecé a pensar en qué podía emplear mi juventud; por otro camino más despejado y que rindiera lo suficiente para alejar las privaciones de los míos. Y como sentía afición, busqué la oportunidad para hacer uso de las bases fundamen-



tales que podían apoyarme para ser torero.

Así es cómo justifica Briones su primer paso en la difícil tarea de hacerse figura.

—Sin haber presenciado apenas corridas. Al año siguiente de acudir a los festejos que se organizaban en Monterrey y me vestí por primera vez el traje de luces, con dieciocho años y la ilusión de triunfar.

—¿Cuánto tiempo lleva entonces actuando?

—Seis años. Con Conchita Cintrón y Cañitas fué mi primera novillada, de gran expectación en los medios taurinos. La rejoneadora y Cañitas eran las figuras en aquella época. Pero antes había ya actuado en Matamoros, junto a la Cintrón, accediendo la Empresa de dicha Plaza a darme una oportunidad con un solo novillo.

—¿Y alcanzó el triunfo esperado?

—Superé todos mis cálculos. De allí salí contratado para tres novilladas en Guadalajara, y en El Toreo tomé parte por primera vez en la que hacía el número 13 de la temporada.

Briones recuerda con inmensa alegría esta tarde. Son fechas que quedan imborrables en las personas cuando éstas son modestas. El de Monterrey tiene esta gran virtud.

Y con los triunfos, muchos en su corta historia de matador de toros, recuerda con todo detalle las cogidas. Siete ha sufrido; pero al igual que el triunfo apoteósico, ha quedado grabada en su frente la cicatriz del último percance.

—Cré que palmaba aquella tarde. Me quitaron ocho cartilagos y hasta la vista peligraba, por la cogida tan

desgraciada que tuve. Fué una lucha terrible, lo que influyó enormemente para el resto de la temporada. Acabado el conflicto taurino de los toreros españoles y mejicanos, se formó el cartel con Arruza y Cagancho, y las ansias de triunfo que tenía aquella tarde se malograron en mi primer toro.

—Esto me ha traído cierta rigidez al rostro..., dice la gente cuando me ve torear.

Así habla Briones de su último accidente.



Impresionado por venir a España, pues por algo ésta es la Meca de la tauromaquia

—Y esta temporada, ¿la toreo completa?

—En las treinta y cinco corridas despachadas, no sufrí ni un solo puntazo. Y la confianza renace en el hombre cuando se torea sin la obsesión del pasado. Quizá sea la temporada que pisé los ruedos con más aplomo y despreocupación.

Impresionado por venir a España —decía Briones— pues ésta es la Meca del toreo. No soy de los impresionables, porque al salir de Méjico comprendí la responsabilidad que contraía con venir a España. Llego con ilusión de triunfar, sin ocultármeme las dificultades artísticas que encontraré al actuar con los diestros españoles. Aunque el ganado de aquí, por casta, permite cuajar faenas inmensas.

Briones, que no ha conocido aún la amargura de ver un toro suyo llevarlo a los corrales, siente confianza. Los restantes vendrán por su paso... acompañados de los triunfos que alcance.

—Vengo sin excesivos contra-

JOSE CARRASCO

Un rato de ocio en compañía del Apoderado Becerra y Valencia III, a su llegada a Madrid

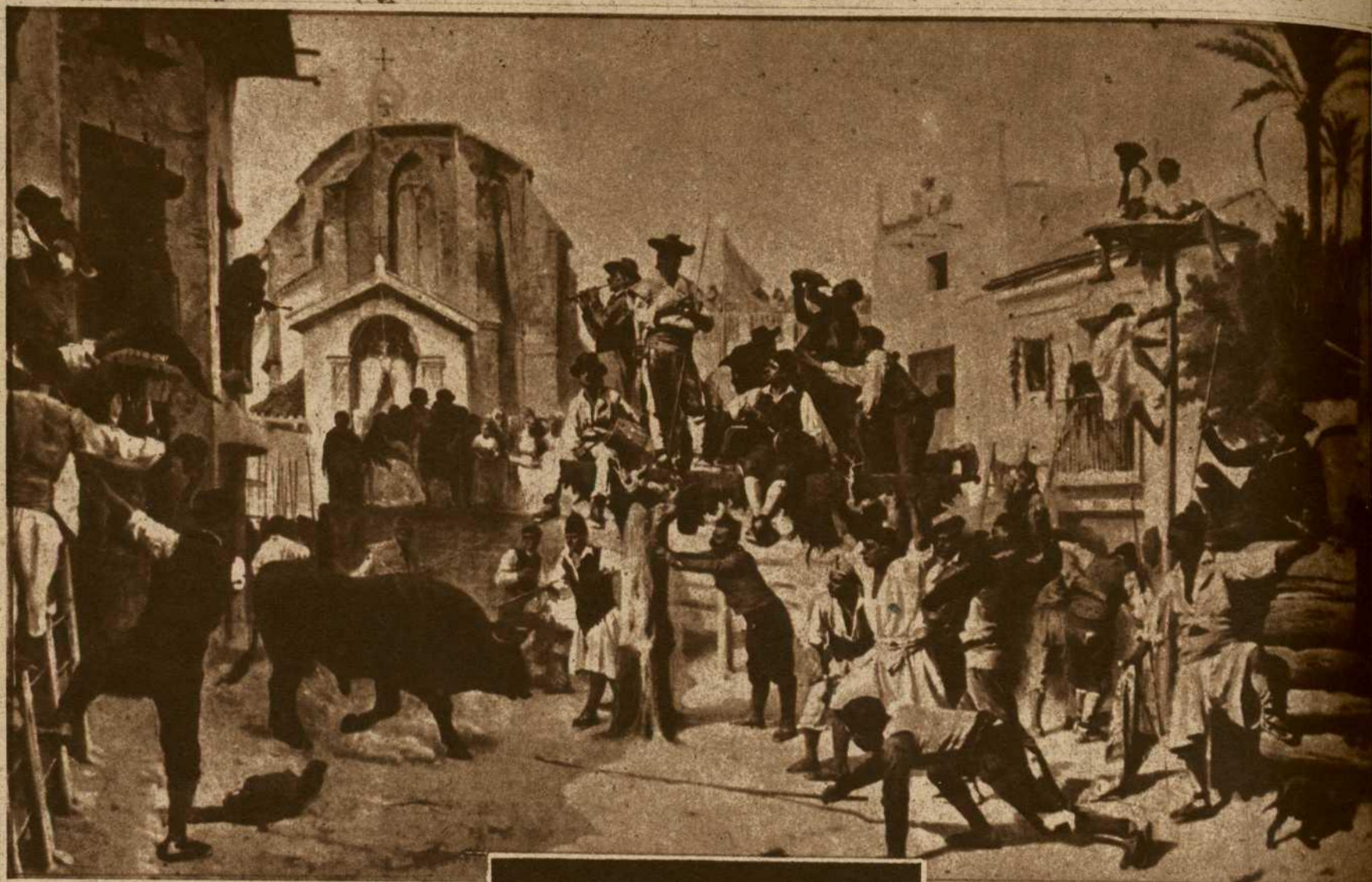


Junto a la estatua de Calderón, el mejicano observa los monumentos de la ciudad (Fotos Mari)





El pintor francés JULIO WORMS y el COSTUMBRISMO TAURINO



«Una corrida de toros en un pueblo». Cuadro de Worms, que refleja una escena taurina popular en la época final del pasado siglo

CUANDO Julio Worms viene a España, el año 1862, tiene ya cimentado en Francia su prestigio pictórico. Cuenta a la sazón treinta años, y anima en él cierta ansia deslumbradora de nuevos horizontes que reflejar en sus lienzos. París, donde vive y ha nacido, el París de las buhardillas con ambiente romántico en las viejas calles del barrio de Montmartre, llenas de artistas, con más sueños que realidades, pero feliz en su dorada bohemia, no está, al fin y al cabo, tan distante para no correr la aventura de una excursión por la España pintoresca, que conoce a través de una falsa literatura de toreros y contrabandistas. Lafosse, su maestro, le ha enseñado la buena técnica del dibujo y del uso del color; pero Worms es demasiado independiente y revolucionario para someterse a una disciplina cualquiera. Téófilo Gautier, que ha sembrado la curiosidad en nuestros vecinos de allende el Pirineo, mostrándoles una España despreocupada y de pandereta, llena de peligros e incomodidades, aviva su interés aventurero, y a España viene Worms, tal vez más deseoso de emociones que de asuntos para sus cuadros. Mas la España que él se encuentra no es la que conocía a través de la fábula y de la leyenda, del malintencionado bulo extranjero. La España con que Julio Worms se enfrenta cuando atraviesa la frontera es la de una nación pintoresca, pero sana en sus costumbres tradicionales, que aun se conservan en aquella época: es una España en la que florece y destaca una pléyade insigne de pintores, que aun logra en su ocaso pictórico deslumbrar al viejo

mundo del arte. Y Worms, sensatamente, en vez de seguir las rutas de su paisano Gautier, se lanza por los caminos de nuestra Patria, como los hermanos Bécquer, a copiar el pintoresquismo de sus costumbres pueblerinas. Y así, como un viajero enamorado de nuestro suelo, con una gran fe de peregrino artístico, recorre de punta a punta España. Va de Asturias a Valencia y de Valencia a Granada; de Andalucía a Burgos, y de Castilla a Zaragoza, porque en todos y cada uno de los puntos que recorre encuentra algo nuevo, algo distinto en las costumbres privativas de los pueblos por donde va pasando. No es paisajista. La influencia de la Naturaleza, dominante en lo que se ha dado en llamar tónica del ambiente, no ejerce en él más presión que la que se refiere a los usos y costumbres y a la manera de vestir de las gentes. Así, lo mismo retrata a una criada del Bajo Aragón, como recoge el tocado de una manola, un ciego de Burgos o una mujer de Granada, títulos de algunos de sus cuadros. Todo le seduce y le atrae. Hombre de ciudad, que ha cogido la elegancia parisiense matinal de los paseos por el «Bois» o por el Trocadero, tiene para él un encanto nuevo esa sana alegría desbordante de los pueblos de la España que recorre. Claro está que su punto de vista de las cosas es muy distinto del que hubiera tenido un pintor nacional, como el mismo Valeriano Béc-

quer, que antes cito. A él, a Worms, le seduce lo que ve, pero no sabe en realidad lo que pinta. No puede, en buena ley, comprenderlo, porque para saber asimilar las costumbres de un país hace falta sentirlo y haberse familiarizado, naturalmente, con sus tradiciones. A Worms, como a todo artista extranjero, le seducen los toros, pero no las corridas en Plaza cerrada y con picadores, con el vistoso colorido de una lidia formal, para la que acaso no se considere apto de reflejar en una tela, sino esa lidia un poco en broma, más pintoresca, con el ambiente de popular capea, o pública novillada, que una corrida en serio con aquellos toros de bella estampa que se lidiaban antes. A Worms, como a Ruiz de Valdivia, le atraen los toros de pueblo, con la diferencia para verlos de una característica esencial: que mientras el primero es francés, el segundo es español, netamente español, y eminentemente costumbrista en su pintura.

En el cuadro de Worms que ilustra esta plana, y que debió de realizar el año 1866 en un pueblo valenciano, está bien de manifiesto cierto convencionalismo de la escena. No hay que negarle su inmejorable factura técnica; pero sus personajes, a pesar de su vestimenta regional, un tanto confusionista, más parecen nacidos a las orillas del Sena que a las del Turia. De todas formas, es un cuadro de toros, en cierto modo interesante, que merece, por sí y por la categoría artística de su autor, una crónica más que añadir a la ya larga historia de la pintura taurina.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

AFICIONADOS DE CATEGORIA Y CON SOLERA

EL MARQUES DE LOZOYA PREFIERE VER LAS CORRIDAS EN PLAZAS ANTIGUAS

El inventor de la verónica pudo ser un caballero de Tordesillas



DON Juan de Contreras y López de Ayala, marqués de Lozoya y director general de Bellas Artes, acaba de terminar sus tareas de la mañana... a las tres de la tarde. Ahora se dispone a ir a almorzar con unos señores que le esperan desde las dos y media. Pero aun ha de retrasar un poco la marcha para atender a

módermas. Por eso, una de las Plazas donde más emocionada impresión recibí fué en la de Acho, de Lima.

—¿En qué ocasión estuvo usted allí?

—Fué con motivo de celebrarse el centenario de Pizarro. La Plaza de Acho fué mandada construir por el virrey Amat, cuya fama ha prolongado la leyenda. En la portada principal figuran las armas de España. Se levanta al pie del cerro de San Cristóbal, donde están los barrios populares, y data del siglo XVIII. Se la puede encontrar cierta semejanza, en algunas cosas, con la de Ronda. Asistimos en ella a una función taurina organizada en honor de la Comisión española. Los que toreaban éran aficionados, pero nos dejaron sorprendidos a todos por su valentía, verdaderamente suicida. Los toros eran muy bravos, y abundaron las cogidas. Fué una tarde de sobresalto, y yo guardo una fotografía en la que estoy con una cara de terror... Hay allí una afición enorme, ¡enorme!...

—¿Vió usted allí actuar a algunos toreros españoles?

—No. En el barco en que iba hacia también el viaje Domingo Ortega; pero iba a torear a otros países antes que al Perú, que en su itinerario figuraba al final de su campaña. Tuve, pues, ocasión de convivir con él, y desde entonces me une una muy buena amistad con este gran torero y gran figura humana también. Lo que si visité en Lima fué la finca del doctor Asín. Esta finca se llama «Malá», y en ella, este ilustre ganadero cría reses bravas, que son las lidiadas en la Plaza de Acho. Allí tiene también toda clase de animales tropicales. En Lima conocí a un picador español, ya retirado, que vive allí hace muchos años; pero he olvidado su nombre...

—Y dígame, marqués: ¿se ha sentido torero en alguna ocasión?

—No, no; jamás. He asistido a muchas tientas y fiestas privadas; pero jamás he sentido la tentación de ponerme delante de un becerro, porque tengo el convencimiento absoluto de la falta de las más elementales condiciones para practicar el toreo.

—¿Qué le interesa más de toda la fiesta?

—Su significación de arte. Si en la lidia no hubiera arte, puede estar seguro que yo no sería aficionado, por muchas razones. He seguido el arte en el ruedo y fuera del ruedo.

—¿Cómo fuera del ruedo?

—Un arte como el toreo es motivo de temas para otras artes, y en especial para la pintura, en la que tantas cosas interesantes se han hecho en todos los tiempos, taurinamente hablando. Al Goya taurino, por ejemplo, me le conozco de memoria.

—¿Y cuál es para usted el mejor torero?

—Pues el más artista. No cabe duda.



Savoi

—¿Pero cuál, cuál?

—Un día puede ser uno, y al día siguiente puede ser otro. Eso depende del momento creador, de la inspiración del diestro, que unas tardes es mayor que otras. De todos modos, en el que más cantidad de arte he visto yo, en estos últimos tiempos, es en Manolete.

—¿Va usted siempre a determinada localidad?

—Como ya le he explicado antes, no puedo ser ahora espectador asiduo, y, por tanto, no cuento con el abono a una entrada determinada. Cuando voy, me gusta ir a barrera, porque me ilusiona ver el espectáculo lo más cerca posible, no perder ningún detalle de su belleza.

—¿Es usted lector de temas taurinos?

—Sí, sí. He leído muchos libros sobre la fiesta. Antiguos y modernos. En mi biblioteca, la parte taurina tiene alguna importancia.

—Y el poco que tiene ahora se lo quitamos nosotros.

—Pero ya hemos terminado, ¿no?

—Si no nos va usted a decir nada más...

—¿Qué más podría decirle? ¡Ah, sí! Ahora recuerdo que en el archivo particular de nuestra familia se conserva un documento muy antiguo.

—¿De qué época?

—De los tiempos de Isabel la Católica.

—Pero entonces no había corridas de toros.

—No había toreo a pie. Pero sí toros. En el documento se relata cómo, en una ocasión en que la reina Isabel la Católica se paseaba por la orilla del Duero, le fué a acometer un toro bravo, surgido de improviso, y entonces un caballero de Tordesillas la libró con su capa...

Y nuestro amigo el marqués de Lozoya añade:

—Quizá aquel caballero fué el inventor de la verónica. —RAFAEL MARTINEZ GANDIA.

nuestras preguntas. De un modo rápido nos da su visión de la fiesta de toros, mientras firma varios papeles que le acaban de dejar sobre la mesa.

—Mire usted: a mí me gustan mucho los toros, como espectáculo artístico, naturalmente...

—Naturalmente.

—Lo que ocurre es que en estos tiempos no puedo ir con la frecuencia que quisiera.

—Es que trabaja usted mucho.

—Pero diga usted que lo que me gusta son las corridas buenas.

—Por supuesto. Como a todo el mundo.

—No lo crea. Hay mucha gente que sólo con el simple hecho de asistir a la Plaza ya se divierte. Lo que quiero expresar es que las corridas malas me aburren horriblemente, y todavía más las mediocres: ésas me desesperan. Por fortuna, hoy se ven más corridas buenas que malas. ¿No cree usted?

—Estamos de acuerdo.

—En esto de los toros influye también mucho el escenario. No es lo mismo una corrida en una Plaza que en otra. A mí, desde este punto de vista, la Plaza que más me atrae es la de Segovia, que tiene mucho de circo romano. La corrida grande del día de San Pedro es algo memorable. Y eso que ha perdido mucho.

—¿En qué sentido?

—En el tipismo. Aun no hace muchos años, asistían espectadores de toda la provincia, que iban vestidos con el traje regional. El aspecto que ofrecía el tendido de sol era maravilloso. Y todo el espectáculo tenía una grandeza y, al mismo tiempo, una alegría y una belleza inolvidables. Yo prefiero estas Plazas antiguas, cada una con su historia correspondiente, a las monumentales y a las

A un toro bravo en plaza

E.L.

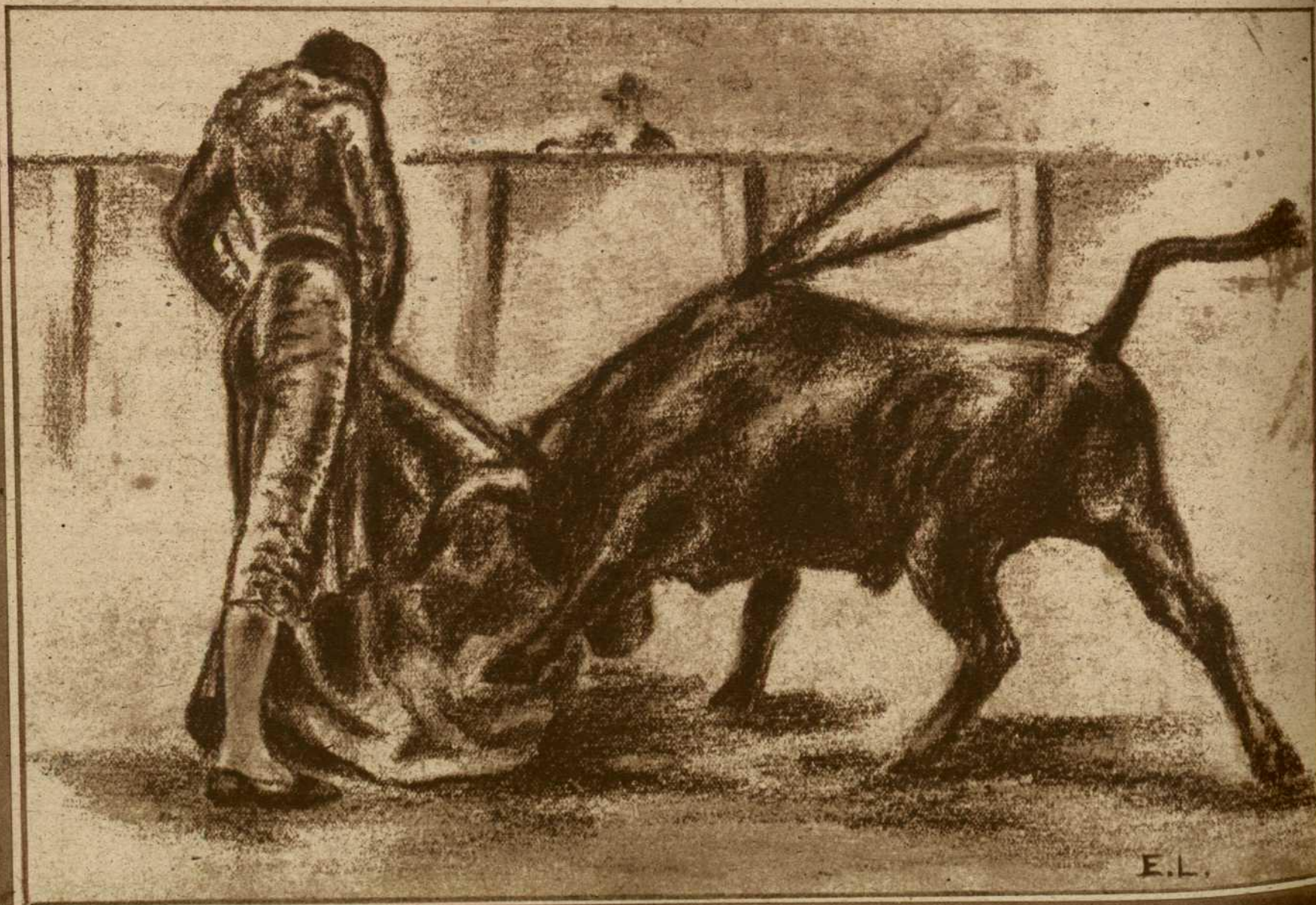
*Sal, torito, del toril...;
pisa triunfante la Plaza,
que ya la arena te abrasa
en una larga gentil.*

*Mira que te mira abril
prendido en el redondel,
y si te gusta el cairel
para presumir de fiero,
te echa la capa el torero
como quien tira un clavel.*

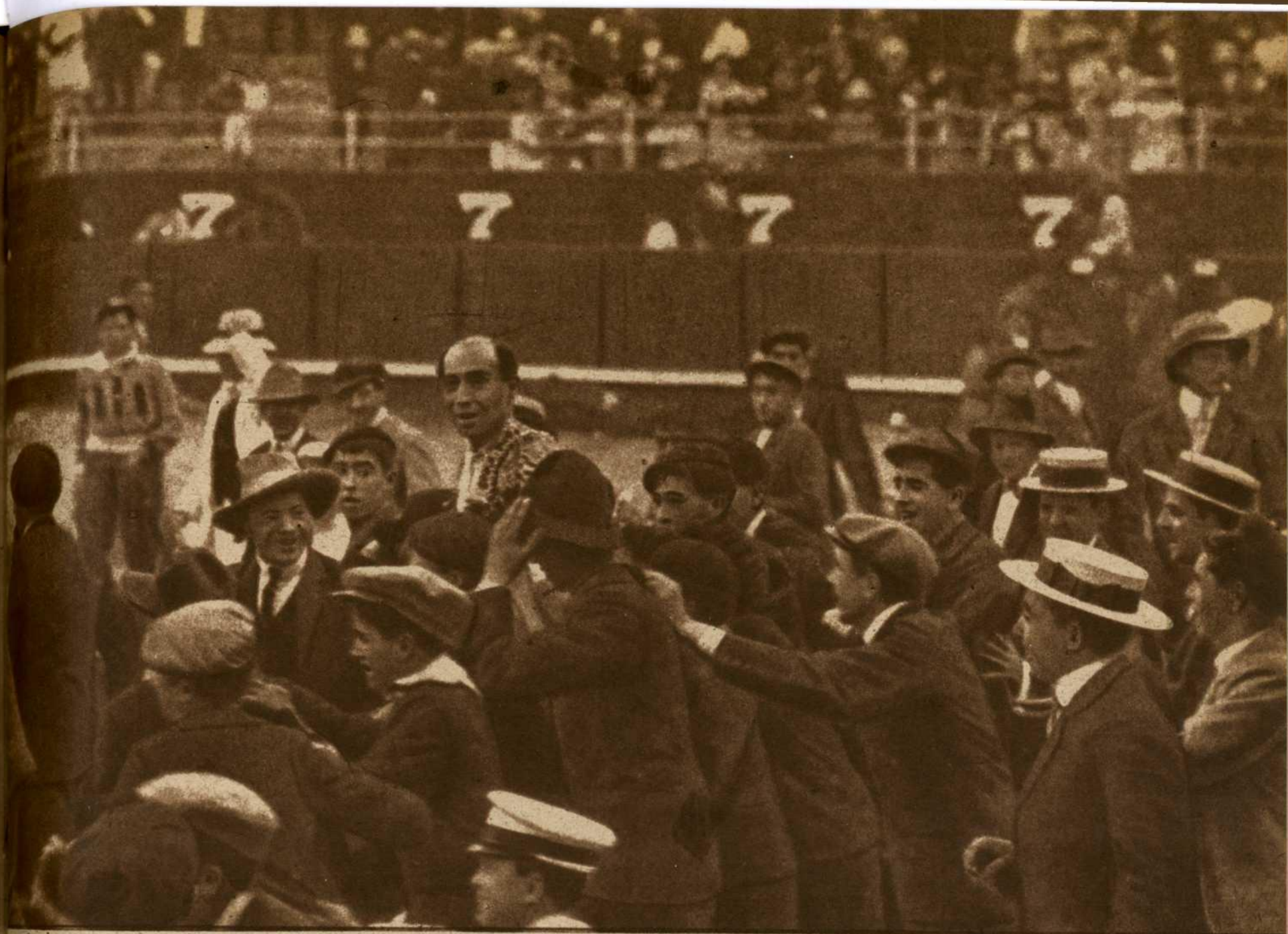
*Andale ya, si te atreves,
que va retozando el jaco
y el picador suelta un taco
creyendo que no te mueves.
¡Ea!... ¡Bien!... Con pasos breves,
al son de unas seguidillas,
te rondan las banderillas
cuando, raudo y al cruzar,
sólo has podido espantar
el gozo de las mantillas.*

*Vuelve a sonar el clarín;
entrá en los pases ufano,
mientras te busca la mano
con el estoque la crin...
Hallaste orgulloso fin,
toro noble, duro y fuerte.
No te quejes de tu suerte
si otro llevó la victoria,
pues la muerte de tu gloria
es la gloria de tu muerte.*

LOPE MATEO



E.L.



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

Cuando El Gallo salía en hombros

Porque no solamente bueno es decirlo, sino que es siempre conveniente, si se puede, presentar algún documento histórico y, a ser posible, fotográfico, ya que de la vida del más genial de los Gallos es la cruz de su moneda lo que siempre ha tenido más circulación.

Así, a los que llegan hoy a las encarecidas localidades de las Plazas de Toros, al mostrarles estas fotografías, se les puede sacar del error que supone comparar a alguno de los seudogeniales toreros que pululan por el mundo de Tauro con aquel gran torero y artista por los cuatro puntos cardinales que se llama aún —y por muchos años— Rafael Gómez Ortega. Y, digámoslo ya de una vez y para siempre, El Gallo fué un torero impar, al que muchos, después, han pretendido copiar, sin lograr otra cosa, en el cuadro, que una serie de chafarrinones que no han podido engañar a nadie ligeramente enterado de las cosas taurinas. Todos

esos que andan por ahí tratando de hacer valer su nacimiento, su raza y el antecedente del «divino calvo» son meros imitadores, bastante malos, y sin ningún resorte creador que les haga merecedores de la dispensa que se les debe siempre a los toreros ge-

niales. Porque para llegar hasta donde él llegó, para sentirse fervorosamente abrazado por las multitudes, aun después de haber dado en aquella tarde muchas más paladas de arena que de cal, hace falta tener mucho temperamento. Hace falta mucha gracia torera para poder volver la moneda hacia la cara, después de haber caído toda la tarde de cruz.

Y como de eso era capaz El Gallo —y ahí arriba tienen ustedes un documento demostrativo—, conviene airearlo de vez en cuando, a fin de que todos los que llegan hoy se vayan enterando.

Para que su fama no sea siempre la del gitano de cabeza al callejón. Porque cuando El Gallo salía en hombros, el público, a su vez, salía borracho de emoción y de gracia torera. Y si aun esto era poco, hasta los *istas* de uno u otro bando perdían, en aquella tarde, el prefiijo de su bandera para pregonar desde aquel momento su gallismo por encima de todo.

Y es que el arte impar de este hombre era capaz de todo. De cambiar el giro de la Fiesta y de hacer olvidar la furia del más encendido partidario para adueñarse de su voluntad.

Por eso vamos a dejarlos ya de comparaciones.



UN REGALO REAL

El gran duque Wladimiro, hermano del zar, estrechó la mano de Mazzantini

EN el año 1893, el gran duque Wladimiro, hermano del zar de Rusia, viajaba de incógnito por España.

Desde que entró en nuestra Patria, mostró vivos deseos de conocer las costumbres populares, y de manera muy especial enfocó su curiosidad a cuanto se relacionaba con nuestra fiesta nacional.

Como tantos extranjeros, llegaba con ideas extrañas totalmente erróneas de lo que pudiera ser una función taurina, y la realidad, al destruirlas, lo dejó convertido en un admirador de la técnica y del rico colorido del toreo.

Aprovechó cuantas ocasiones tuvo a su alcance para gozar de este espectáculo para él nuevo, y mostró empeño en asistir a todas las faenas que con los toros se hacían.

A Zaragoza llegó en la víspera de la fiesta del Pilar, con el propósito,

aparte de otras cosas, de presenciar sus famosas corridas.

Las autoridades se desvivieron por obsequiarle y fué acompañado en las visitas a todos aquellos lugares zaragozanos dignos de ser admirados.

Tuvo elogios entusiastas para la procesión del Rosario y le cayó en gracia la comparsa de Gigantes y Cabezudos, que por atención de la comisión de festejos fué a bailar ante el hotel en que se hospedaba.

En su visita al penal, quiso hablar con un sujeto francés allí recluso, que atentó en Madrid contra la vida del mariscal Bazain, vencido en Sedán en la guerra francoprusiana.

El día 12, en los corrales de la Plaza, presenció la operación del desencajonamiento de una corrida de toros.

Y el día 13 fué espectador del apartado de la corrida de toros que se jugaba por la tarde. Era la corrida de

Navarro del Colmenar, y había de ser lidiada por Mazzantini y Guerrita.

Las corridas de aquel año, en Zaragoza, fueron tres y las torearon Mazzantini, Espartero y el Guerra.

Las tres funciones tuvieron bastante público, a pesar de que en aquellos días había preocupación por los sucesos acaecidos en Melilla, cuya guarnición mandaba el general Margallo.

El gran duque Wladimiro presenció muy a gusto las incidencias del apartado de la corrida del día 13 y pidió datos y explicaciones a los pastores.

Al despedirse, dió a cada uno un luis de oro.

Hubo pastor, desconocedor de la moneda, que desconfiado, y aparte con otro compañero, la miraba y volvía a mirar, para preguntarse, azurramente, desconfiado: «¿Pasará esto?»

No estuvo tranquilo hasta que tuvo en el bolsillo las veinticinco «leandras» españolas y castizas, producto del cambio del luis.

El gran duque Wladimiro marchó después al hotel, que era precisamente aquel en que se hospedaban Mazzantini y Guerrita con sus cuadrillas.

Al final de la comida, los dos diestros, con sus subalternos vestidos de luces, con el coche en la puerta para ir a la Plaza, entraron a saludar al gran duque.

Este y sus hijos los recibieron con la satisfacción y el contento que es de suponer y se quedaron prendados de la riqueza de los trajes y de la arrogancia de nuestros toreros.

Guerrita, en esta escena de cumplido y ante un señor extranjero de tanto tono, comprendió que la discreción le señalaba el puesto de acompañante, y que don Luis, hombre mundano, conocedor de idiomas, debía llevar allí la representación de la dorada torería.

Y don Luis, con su caballerosidad y sus buenas maneras, habló con tanto tino y gracejo, que el duque Wladimiro quedó encantado y estrechó su mano con toda efusión.

Luego hizo lo mismo con los demás toreros.



Mazzantini

Media hora después, el gran duque Wladimiro y sus hijos ocupaban el palco número 10 de la Plaza de toros.

Mazzantini le brindó la faena del tercer toro, que, según los revisteros locales, no fué nada afortunada.

El gran duque Wladimiro, agradecido, obsequió a Mazzantini con un rico alfiler de corbata y sus hijos enviaron a Galea y Regaterillo sendas petacas de plata.

La segunda corrida de la feria, en la que actuaron Espartero y Guerrita, también la presenciaron el gran duque y sus hijos, y al día siguiente, 15 de octubre, marcharon a Barcelona.

El padre y los hijos se llevaron, al parecer, una grata impresión de las tradicionales fiestas del Pilar y la sugestión del brillo de los caireles que habían sentido tan cerca en el cuarto del hotel.

No tendría nada de particular, y aquí entra en funciones nuestra imaginación, que alguno de los hijos del gran duque, dado a lo heroico y romancesco, se preguntara para su capote, entre ambicioso y contrariado: «¿Pero, señor, por qué no tendremos en Rusia un «Chatillo de Smolenko»?»

ANTONIO MARTIN RUIZ



JUAN ESTRADA

Moderno matador de toros mejicano, cuyos grandes éxitos en la presente temporada en aquel país le han colocado en primera fila entre los ases del toreo de Méjico.

ESTRADA, después de su triunfal campaña, se dispone a venir a España para presentarse a esta afición

El 19 de julio de 1887 se desencajonaban en los corrales de la Plaza de toros de Valencia las reses de las tres corridas que se tenían que lidiar en la ya su famosa feria...

UNA EFEMERIDES FAMOSA

Aquel toro Gitano, de Ibarra, que se lidió en Valencia

Los toros pertenecían a las ganaderías del duque de Vergara, Miura y Eduardo Ibarra, que tenían gran cartel en la afición valenciana.

Este último criador de reses bravas había mandado una preciosa corrida de seis toros, todos ellos negros, zainos y de boaita lámina, que llamaron la atención de los aficionados, especialmente el llamado Gitano, por su magnífica estampa, que prometía una brava pelea.

Aquella noche, en la Peña en que se reunían, en el Café de España, los inteligentes taurinos don Vicente Andrés, el marqués de Campos, don Ramón Patuel, el marqués de Fuente del Sol, don Vicente Serrulla, don Luis Moroder, los directores de *El Mercantil Valenciano* y *Las Provincias*, don Francisco Castell y don Teodoro Llorente, Pepe Lluch, «Barrals», y los críticos taurinos José María Apaici, «Teorias», y Juan Bautista Peris, «Chojeti», y de la que también era asiduo concurrente el empresario del tauródromo valenciano aquel año, don Francisco Llausol, no se habló de otra cosa que de la presentación de los toros que habían sido desencajonados por la mañana, y todos estuvieron de acuerdo en que la corrida mejor presentada era la de Ibarra y, de los seis astados, el llamado Gitano.

La llegada del empresario, señor Llausol, fué acogida con felicitaciones. Iba acompañado por Currito Alvear, el mayoral de Ibarra.

Se generalizó la conversación y el marqués de Fuente del Sol, que era ganadero y buen bucedor del historial de las ganaderías, se interesó por la del toro Gitano.

Currito Alvear, el mayoral, se la refirió: —Pue mire usted, zeño marqués; eze toro e hijo de la vaca Pastora, legítima salgre de Vista Hermosa, y der toro Gitano, que era un hermoso ejemplá que se lidió en Madri hace cuatro temporás. Salió azuca cande. De beverro, en la tienda, había dao muchas muestras de bravura; pero en er campo era un corderillo, se dejaba rascá y acudía cuando argún gañán le llamaba... Yo erto y un poco escamao con eza mansedumbre de buey de carreta; pero confío en la sangre que lleva. Pero er zeño amo, don Eduardo, como en la tienda dió la nota de superió y tiene eza estampa tan hermosa, lo ha mandao pa cá... Además, que Gitano e un bicho que la gente der campo le llamamos *gomiosos*, porque come con excesiva vorasiá y siempre ertán ansiosos de comé...

Aquello ya no fué tan del agrado de los ovedes; pero el marqués de Fuente del Sol dijoles:

—A pesar de todo, ese toro será de bandera; otros, con las mismas características que Gitano, cuando salieron al ruedo demostraron su bravura y fiereza que acreditaron la divisa de su dueño. Si no, ya lo veréis...

Al día siguiente, el empresario, señor Llausol, acompañado de Currito Alvear, el mayoral, bajó a los corrales para ver de cerca los toros de Ibarra que se tenían que lidiar en la primera corrida de feria...

Al notar Gitano el ruido, se fijó en donde se había producido y se encontró



Rafael Molina, Lagartijo

con un burladero, al lado del cual había un pesebre con abundante pienso.

Pausadamente llegó a él y, sin extrañarse de la presencia del señor Llausol y de Currito, en el burladero próximo comenzó a comer.

Esto despertó curiosidad en el empresario, quien desde el burladero tocó a la fiera y ésta siguió quieta. Entonces sacó aquél el brazo junto al pesebre y comenzó a rascar la cabeza al toro, que continuó comiendo sin moverse.

Más confiado el señor Llausol, salió, en unión del mayoral, algo del burladero y rascó los costillares de Gitano. Este comenzó a res-

tregarse con el brazo del hombre, como correspondiendo a sus car-

rias, y acabó por echarse en el suelo, en medio de la sorpresa del empresario y de las palabras que decía Currito, el mayoral:

—No se lo desia a usted, don Francisco, lo que hacía erte toro...

Don Francisco, recelosamente, se acercó al animal y siguió acariciándolo, hasta que confiado y a requerimiento del mayoral, se sentó sobre el toro, en cuya actitud estuvo algunos momentos, sin que la res hiciera otra cosa que dar muestras de agrado por aquellas caricias...

Todo esto fué del dominio de los aficionados valencianos, y entre ellos había gran expectación, por suponer algunos que resultaría manso en la lidia; pero los que tal pensaban resultaron chasqueados, como luego se verá.

Durante los días que el toro Gitano estuvo en los corrales, hasta que fué enchiquerado, se dejó tocar y acariciar por el señor Llausol y por Currito, como si se tratara de un inocente corderillo, y uno de aquellos momentos se refleja en la adjunta fotografía que ilustra este artículo.

Y el 24 de julio, en la primera corrida de feria, Gitano se lidió en quinto lugar. Era de pelo negro, zaino, muy bien encornado, estaba señalado con el número 11.

La salida de la res fué acogida con gran expectación por el público, intrigado por la pelea que haría Gitano.

En el tercio de varas resultó un verdadero ciclón, que arrolló con bravura a los montados trece veces, hirió tres caballos, mató dos y envió a la enfermería a los picadores Joaquín Vizeaya y Rafael Caballero, Matacán.

Rafael Guerra, Guerrita, y Manuel Martínez, Manere, le clavaron cuatro pares de rehiletes superiores, y llegó a manos de Rafael Molina, Lagartijo, tan noble y bravo como había salido del chiquero, por lo que el Culifa de Córdoba, tras una gran faena de muleta, lo echó a rodar de un magnífico volapié.

Lagartijo obtuvo una ruidosa ovación, y al ser arrastrado tan bravo animal, se le concedieron los honores de la música y los aplausos generales del público.

Y esta es la historia del bravo toro Gitano, de Ibarra, que antes había dejado que se le acariciase como a un manso corderillo, para después dar a demostrar su poder y bravura a la hora de la verdad. Historia curiosa de un toro, que hoy reproducimos aquí, como dato interesante en los anales taurinos de los festejos valencianos, y para conocimiento de los jóvenes que no conocen aún casos como el presente; por otra parte, difícil de repetir.

Los viejos aficionados valencianos (quedan ya pocos), siempre recuerdan a Gitano, a este toro que es célebre en la historia del circo taurino de la ciudad de las flores...

MANUEL SOTO LLUCH



**UNGUENTO ANTISEPTICO
PARA ACCIDENTES Y
ENFERMEDADES DE LA PIEL •**

QUEMADURAS - GRANOS
ULCERAS - HERIDAS
VENTA EN FARMACIAS

Censura
sanitaria
n.º 3976

GUERRITA, banderillero de EL GALLO

DE la vida taurina del gran torero, cordobés Rafael Guerra y Bejarano se ha escrito mucho y aún se sigue escribiendo, porque las enormes dimensiones artísticas de aquel gran lidiador ofrecen siempre ancho campo para ello. Pero, generalmente, los panegeristas de su taurómaca existencia no prestaron la debida atención con todo detalle a su etapa de banderillero.

La primera corrida que Guerrita toreó, después de cinco años de aprendizaje, figurando de plantilla en la cuadrilla de un matador de toros —Manuel Fuentes, Bocanegra, también cordobés—, fué en Granada el 16 de junio de 1881, y la última, en Málaga, el 31 de agosto del 87, a las órdenes de Rafael Molina, Lagartijo, corrida ésta en la que el famoso diestro se despidió en su aspecto de rehiletero.

Durante el espacio de tiempo encerrado entre ambas fechas, las actuaciones del glorioso banderillero ofrecen materia sobrada para dedicarle un voluminoso libro, empresa que no sé por qué, no fué acometida cuando las circunstancias eran más favorables para escritores y editores.

Con ser muy interesante toda su trayectoria de banderillero durante su permanencia en la cuadrilla de Lagartijo, época en la que Guerrita perfeccionó y depuró su arte, considerándosele apto para la alternativa por su maestro, su revelación se debe principalmente a Fernando Gómez, el Gallo, quien vió en Rafael excepcionales condiciones para ser en breve plazo un formidable lidiador.

Con motivo de la inauguración de la Plaza de toros de Bilbao se celebraron cuatro corridas en los días 13, 14, 16 y 17 de agosto del año 1882, y en ellas tomaron parte Bocanegra, José Lara, Chicorro, y el Gallo, con reses de Pérez de la Concha, Laffite y Vicente Martínez.

Viéndole torear se dió cuenta inmediatamente el Gallo de la cantidad de torero que aquel muchacho de veinte años, recia complexión y altamente simpático, llevaba metida dentro de su áureo vestido, pues banderilleando asombrosamente y bregando hallaba toro en todas las partes, y en su imaginación empezó a germinar la idea de incorporarle a su cuadrilla.

Se ha dicho repetidas veces, y esto no es cierto, que el Gallo apeló al recurso de llevarse a Guerrita para aumentar el número de sus contratas aprovechándose de la expectación que produjo entre los públicos.

Empresario de la Plaza madrileña don Rafael Menéndez de la Vega, sentía éste por Fernando el Gallo un gran cariño, hasta el extremo de apadrinar a su hijo Rafaelito, que vino al mundo en los madriles, el 17 de julio del referido año 1882, época en la que el Gallo se destacó notablemente como lidiador, toreando mucho en provincias, y no cayéndose su nombre del cartel del abono de la vieja Plaza de la Villa y Corte.

Antes de comenzar el Gallo su segunda temporada en Madrid puso a Guerrita un despacho telegráfico que decía así:

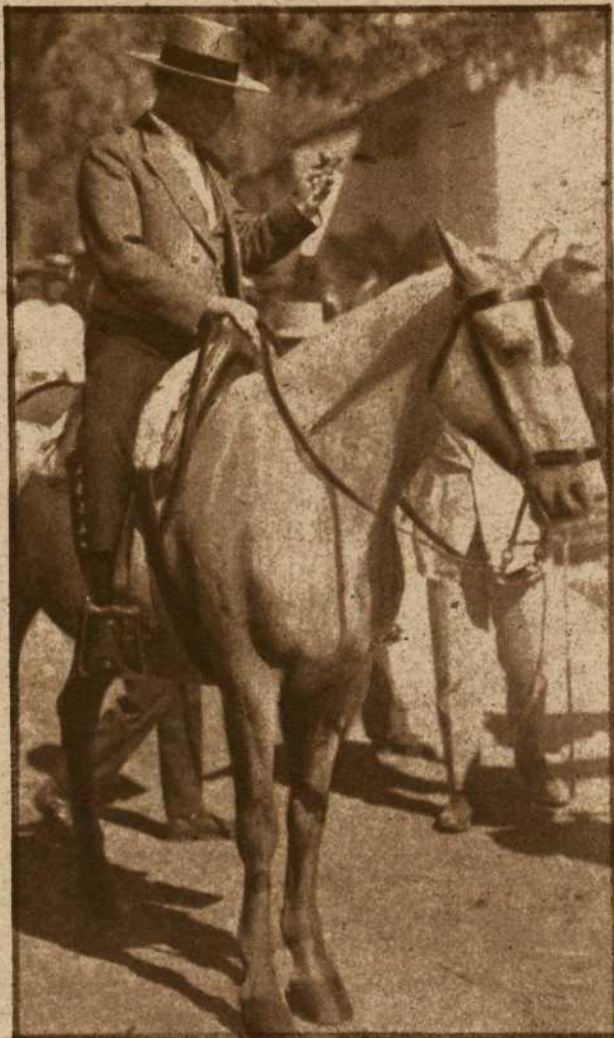
"Rafael Guerra, Córdoba.—Dígame si quiere torear conmigo todas las corridas que tenga, dígame si a Bocanegra; espero contestación telegráfica. Le espero domingo en Madrid.—Gallito."

Este ofrecimiento suponía para Guerrita en su carrera un gran paso, porque torear la tem-

porada en la primera Plaza de España, era para él su sueño dorado, y aceptando las proposiciones del espada sevillano se separó de la cuadrilla de Bocanegra.

La primera vez que Guerrita actuó como banderillero en el coso madrileño fué en la corrida celebrada el 24 de septiembre del último citado año, en la que despacharon José Machío, Cara-Ancha, y el Gallo seis toros de Anastasio Martín.

Guerrita, que vestía un traje granate con caireles ne-



Rafael Guerra, Guerrita

gros, formando pareja con Miguel Almendro, colocó al tercer astado, Pléudo, negro y manso, un par de banderillas, al cuarteo, malo, y al sexto cornudo, Carambuno, también negro, un par y medio asimismo malo.

Su debut en la Corte no pudo ser menos afortunado; pero el 8 de octubre, que volvió a comparecer ante la afición madrileña, armó un verdadero alboroto banderilleando en la segunda por figurar, por primera vez, como sobresaliente de espada.

Al terminar la temporada, Guerrita caminaba hacia la cúspide de la popularidad, y todos los aficionados coincidían en afirmar que el joven cordobés escribiría en la historia del toreo páginas brillantes.

Fuó la temporada del 1883 una de las más florecientes del segundo tercio de la lidia.

Guerrita, con su personal estilo, arrolló impetuoso a todos los banderilleros que entonces existían, y no es que se encontrara en decadencia aquel momento del toreo, puesto que había ban-

derilleros de innegables méritos, como Pablo Herráiz, el Ostión, Victoriano Recatero, Valentín Martín, Manuel Martínez, Manene; Gabriel López, Mateito; el hermano de Cara-Ancha, Manuel Campos, y los hermanos Julián, Hipólito y Francisco Sánchez Arjona, elevándose sobre todos ellos y siendo la primera figura en tal aspecto, hasta el extremo de gozar de tanta popularidad como Lagartijo y Frascuelo.

No necesitaba Guerrita le preparasen los toros, pues en todos los terrenos los encontraba a su gusto. Andádoles casi siempre, arrancaba muy en corto, y a poca distancia de la cara de los brutos astados se paraba; retrocedía dos o tres pasos, y en carrera menudita volvía a la cabeza de la res, tan recto, que el espectador, en la mayoría de las ocasiones, no podía sospechar por qué lado iba a salir, colocando los palos, igualados, en lo alto del morrillo ante el asombro de los públicos.

Para Guerrita, que ejecutaba también el quitebro con gran limpieza, toda aquella temporada fué un continuado éxito.

Los juicios que se hicieron por los aficionados en 1882 tuvieron una plena confirmación, y Fernando el Gallo se sentía orgulloso de haberle presentado ante el público de la llamada entonces mezquita del toreo.

De la expectación que existía en provincias por conocer al formidable banderillero da idea lo ocurrido en Santander en la tarde del 25 de julio, segunda corrida de la feria.

Por la mansedumbre del toro de Valdés, lidiado en cuarto lugar, no pudo Guerrita lucir sus habilidades, y parte del público, que aún no conocía las excelentes cualidades del joven cordobés, se llamó a engaño silbándole furiosamente.

Excitado el muchacho parece ser que hizo un gesto de despecho, y esto dió lugar a que la bronca adquiriera caracteres imponentes.

El presidente, para aplacar los excitados ánimos, mandó detener al torero, y éste, entre guardias y vestido de luces, fué llevado a la cárcel.

El suceso se conoció telegráficamente en Madrid, y don Rafael Menéndez de la Vega y el inolvidable escritor don José Estrafín, en Santander, pusieron en juego todas sus influencias políticas para favorecer a Guerrita, siendo éste puesto en libertad a las pocas horas.

Ardua tarea sería seguir paso a paso —como él ponía banderillas— todas sus intervenciones en las siguientes temporadas de 1884, 85 y 86. Basta decir que el célebre diestro se colocó en la más alta cumbre del Himalaya taurino, y que los públicos, entusiasmados, no cesaban de ovacionarle.

Dos ligeros percances sufrió en Orihuela y Sevilla, el primero de los tres citados últimos años, y en la corrida verificada en Madrid el 5 de octubre del 84 —17 del abono—, Guerrita, a petición reiterada del público y con la autorización del presidente don Luis Drake de la Cerda, despachó el sexto toro de Laffite, siendo esta res la primera matada por Rafael ante la afición madrileña.

Al finalizar la temporada del año 86 empezó a rumorearse que Guerrita abandonaba la cuadrilla del Gallo para ingresar en la de Lagartijo.

Con tal motivo, se hicieron en los medios taurinos comentarios para todos los gustos. Tenía interés Guerrita torear en Caravaca con el Gallo, el picador Rafael Caballero, Matacán, y el banderillero Rafael Rodríguez, Mojino, ambos cordobeses, y accedió a ello el señor Fernando; pero como después faltó a su palabra, disgustó esto mucho a Guerrita, que se encontraba en Córdoba, y desde esta capital, por el mismo procedimiento que ingresó en la formación del diestro sevillano, salió de ella, dirigiéndole este otro telegrama:

"Enterado por su carta que no van a Caravaca Mojino ni Matacán, yo tampoco voy.—Rafael."

Y Guerrita ya no volvió a torear más con el Gallo, haciéndolo seguidamente con Rafael Molina, Lagartijo, desde el 23 de octubre de aquel mismo año, como individuo de su cuadrilla.

Al lado de este último lidiador, durante el siguiente año 1887, se fué Rafael formando como matador, hasta el momento de tomar la alternativa en Madrid, el 25 de septiembre, de manos de su maestro el Gran Califa, como humorísticamente era llamado por el insigne escritor aragonés don Mariano de Cavia, Sobaquillo.

Durante doce años, Guerrita actuó como matador de toros; pero como ni propósito fué sólo dedicar estas sencillas líneas al colosal banderillero, hago punto, rogando tomen buena nota de ellas cuantos de golpe y porrazo se presentan en los palenques como matadores, sin la preparación necesaria para consolidarse en tal categoría.

DON JUSTO

Muy antiguo y muy moderno...
Un coñac de ayer para el gusto de hoy.





VALDESPINO
JEREZ

Cada siete días, una vara

EL TORO AL CORRAL



HACE tiempo que veníamos mirando con cierta envidia a la plaza de toros de Barcelona. En la Monumental, los carteles, de un tiempo acá, vienen superando a los de la capital de España, y, por tanto, los éxitos. Y aunque esto suponía para nosotros una no pequeña dosis de "pelusa", ha sido lo sucedido el domingo lo que ha colmado ya nuestra amargura.

Ustedes ya lo saben, pues en todos los periódicos se ha dado. En la Plaza de la capital catalana han echado un toro al corral, pero después de haber entrado a matar el espada. Y no porque hubieran sonado los tres fatídicos avisos, sino porque así lo entendió el presidente, que, por lo que se ve, se preocupa —¡como debe ser, señor!— del buen nombre de la Plaza que dirige y de conseguir para ella cuanto sea necesario.

Aquí —aún lo recordamos— habíamos llegado a devolver el toro a los corrales con las banderillas bellamente colocadas sobre su lomo. Y como de un caso por el estilo no teníamos referencia, lo llevábamos muy a gala y nos gustaba presumir de él, siempre que había lugar, en cualquier tertulia taurina. Dirán, a lo mejor, ustedes que no era para tanto la cosa. En efecto; pero de no ser esto, ¿de qué íbamos a presumir?

Sin embargo, ahora, después de lo ocurrido en Barcelona, ya no nos queda nada.

Ni siquiera las charlotadas.

Porque allí son mejores.



EL PUBLICO ANTE LA PLAZA



Si fuésemos siempre a contar la verdad, en este caso tendríamos que decir que cuando el aficionado se encuentra ante la Plaza, sin haber aún traspasado los umbrales de las puertas, se halla en el mejor momento de la fiesta. Es el instante en que todo se espera de los espadas que están anunciados en el cartel y en el crítico momento en que aun no les importa el precio de las localidades.

Es cuando aun los revendedores aprovechan para lanzar al aire sus cantidades astronómicas, como un anzuelo en el río revuelto de los malos pescadores.

Por eso queremos alargar este instante. Por ser el de mayor ilusión y en el que se encuentran aún las caras sonrientes de los buenos y aun de los malos aficionados.

Sí, porque lo que es luego...

Una anécdota a la semana

"Compre usted cotufas pa las misloras"

Toreaba una vez Lagartijo en Valencia.

Salía el fenómeno cordobés de la fonda donde se hospedaba después de haber actuado en el ruedo valenciano, en una de las corridas de la famosa feria de la capital. El diestro había tenido una gran tarde, y las ovaciones, como consecuencia, se habían sucedido una tras otra.

Un inglés, compañero de hospedaje del Califa de Córdoba, se acercó al diestro, y, muy entusiasmado, le dijo:

—Mister Lagartijo, ¿osté querer favorecerme a mí con un borlo de su vestido para mí enseñarlo en mi país a las flamencas de Londres?

Rafael, por toda contestación, echó mano a su hombro y arrancó una borla de oro, entregándosela al inglés.

—¡Oh, muchas gracias, señor Lagartijo!

Y no sabiendo el de la Gran Bretaña cómo corresponder al torero, echó mano de su cartera, y sacando un billete de mil francos, se lo ofreció al espada.

Este, al verlo, lo rechazó con orgullo, y le dijo

—Eso, señó misló, lo emplea osté en mercá cotufas pa las misloras, que puede que sean también una novedá en su tierra. ¿Estamos?

Y dando media vuelta salió a coger el coche que le esperaba en la puerta.

El inglés se quitó el sombrero y salió andando para otro lado, un tanto corrido y avergonzado.





Aspecto que ofrecía la Plaza de Toros de Alcalá de Henares, momentos antes de tomar la medida de suspensión del festejo

GRAFICA DE ACTUALIDAD SEMANAL

El conocido escritor taurino don José María de Cossío dirigió unas palabras al auditorio, en el homenaje al Boni

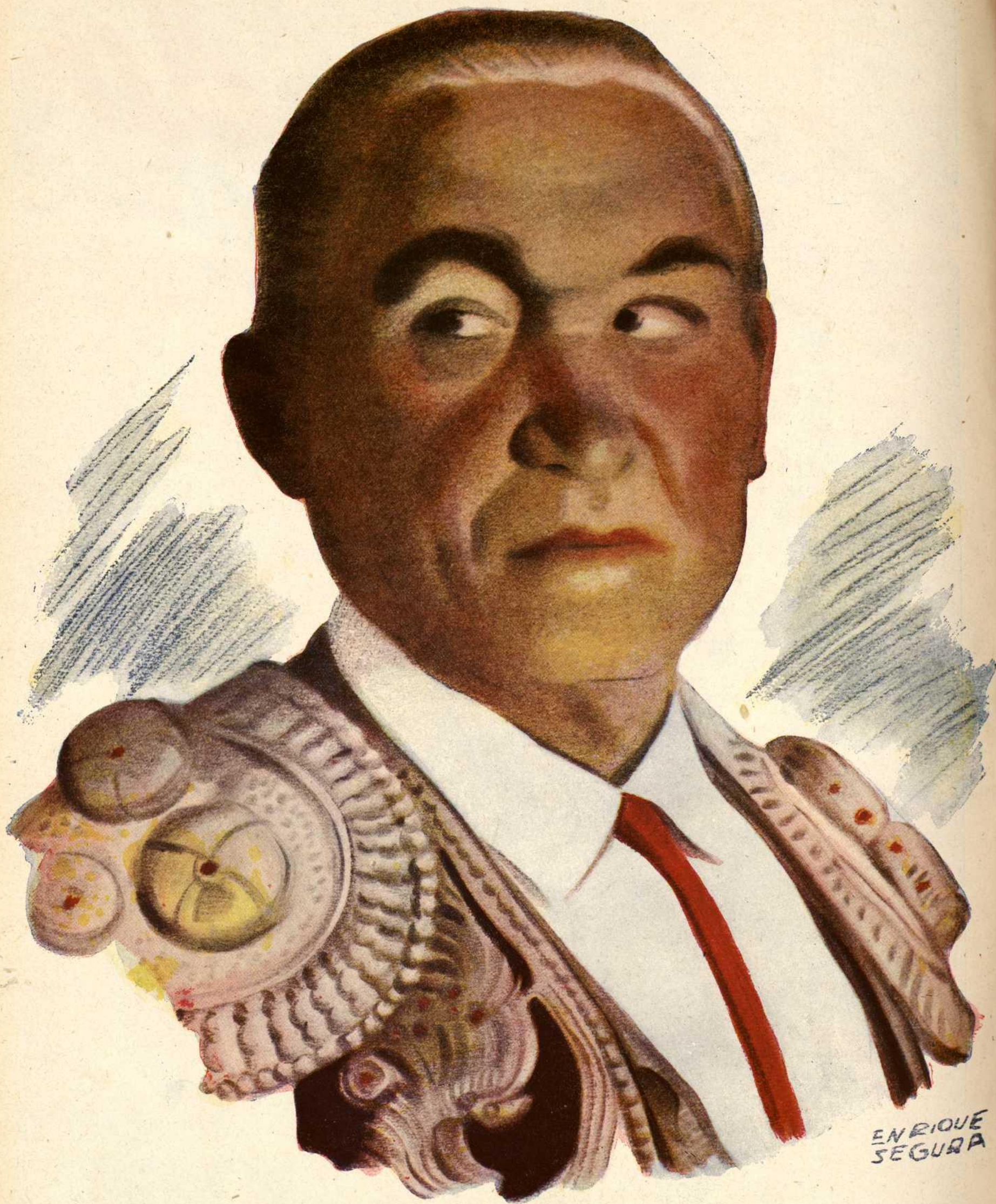


El Boni y Luis Mata, dos de los novilleros que tan buena campaña realizaron en Méjico, en un aparte durante el homenaje al primero (Fotos Mari)





El toro, en los corrales
(Dibujo de Enrique Segura)



Toreros célebres: Manuel Martínez, Agujetas
(Dibujo de Enrique Segura)